

Coello y Pacheco, Carlos
Antaño y Ogaño.

ANTAÑO Y OGAÑO

CUADRO LITERARIO, DIVIDIDO EN DOS PARTES,

CON VERSOS DE MUCHOS DE NUESTROS PRINCIPALES POETAS
DE LOS SIGLOS XVII Y XIX,
CON UNA CANTATA, LETRA DE D. ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ,
Y CON MÚSICA DE D. MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO,

COMPUESTO EN VIRTUD DE ESPECIAL ENCARGO
DE LA ASOCIACION DE ESCRITORES Y ARTISTAS PARA LA VELADA QUE EN HONOR DE

D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

SE CELEBRÓ EN EL TEATRO REAL DE MADRID
la noche del 30 de Mayo de 1881,

POR

D. CARLOS COELLO Y PACHECO.

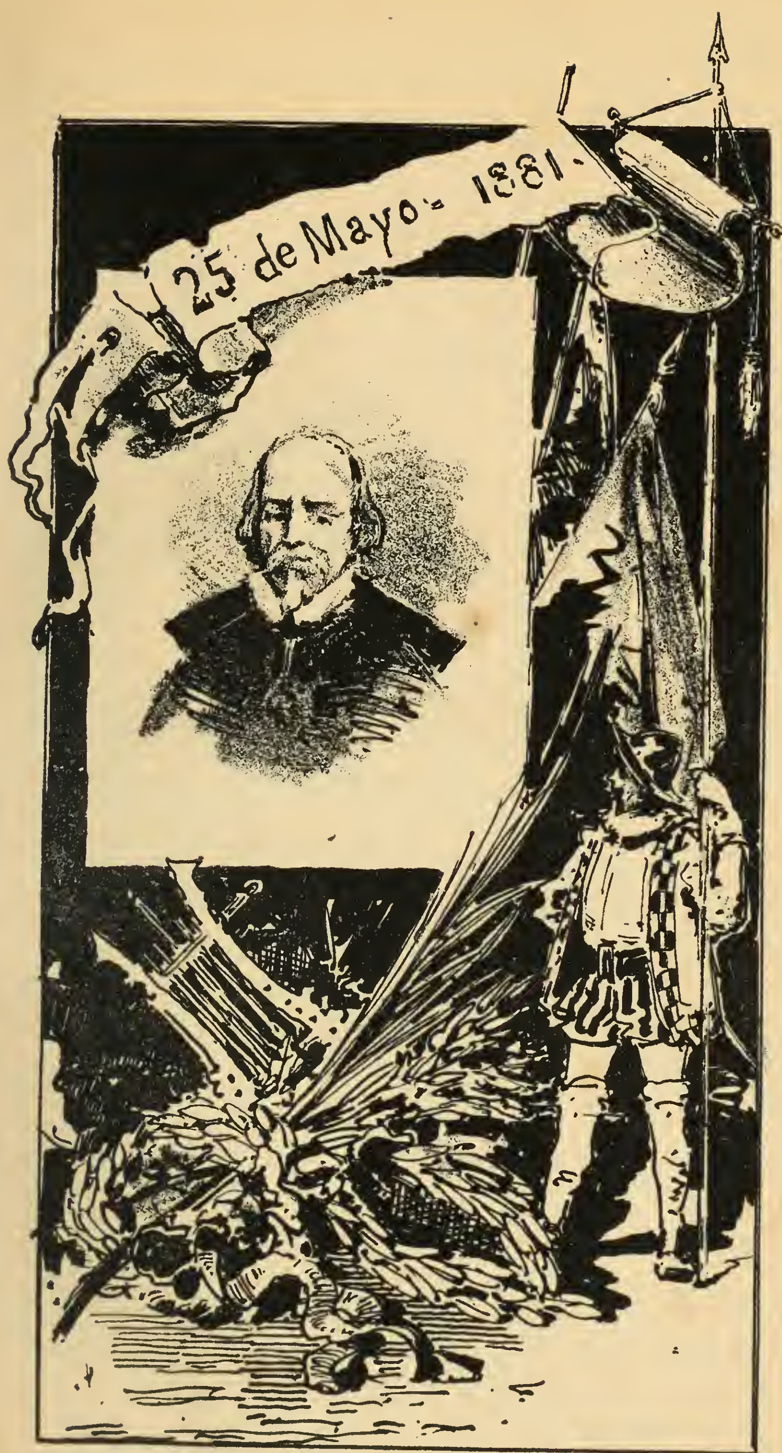
EDICIÓN ILUSTRADA POR D. LUIS TABERNER, Y HECHA EN OBSEQUIO DEL AUTOR.

MADRID

EDUARDO HIDALGO
EDITOR
Calle de Sevilla, 14, principal.

FERNANDO FÉ
LIBRERO
Carrera de San Jerónimo, 2.

1881



2º CENTENARIO
DE
D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

Á LA SOCIEDAD

DE

ESCRITORES Y ARTISTAS ESPAÑOLES

que me honró primero con el encargo de este trabajo y me dió después señalada muestra de benevolencia con el delicado obsequio de costear la presente edición,

EL AUTOR.

Como queda consignado en la portada, se escribió esta obrita para la solemne función con que celebró en el teatro Real la Sociedad de Escritores y Artistas el segundo centenario de D. Pedro Calderón de la Barca.

El autor de ANTAÑO Y OGAÑO experimenta la necesidad de dar públicamente las gracias á cuantos, prestándole generoso auxilio, le permitieron salir con honra, ya que no con gloria, de su difícil empresa. Débeselas á los Sres. Don Aureliano y D. Luis Fernández-Guerra, D. Manuel Cañete, D. Cayetano Rosell, D. Manuel Catalina y D. Álvaro Romea que le ayudaron á escoger y reunir los versos de poetas antiguos

y modernos introducidos en el cuadro dramático; débeselas á los reputados maestros compositores D. Rafael Hernando y D. Emilio Serrano, que con su talento y buena fe supieron allanar obstáculos al parecer insuperables; débeselas también, y muy expresivas y sinceras, á los distinguidos actores encargados de la representación, los cuales, desentendiéndose por completo de sus particulares intereses, sólo tuvieron en cuenta la ocasión que se les presentaba de glorificar el nombre del insigne creador de *La vida es sueño.*

El éxito de ANTAÑO Y OGAÑO á ellos se debe, y el autor se complace en reconocerlo así, sin olvidar que las señoras doña Balvina Valverde y doña María Alvarez Tubau y los Sres. D. José Valero, D. Manuel Catalina, D. Mariano Fernández, D. Francisco Oltra, D. Tirso Obregón, D. Antonio Riquelme y D. Pedro Ruiz de Arana, tomaron parte, bajo la inteligente dirección de D. Florencio Romea, en muchos de sus ensayos, y si no la tomaron en su representación fué por motivos completamente ajenos á su voluntad.

Los entendidos encontrarán en este trabajo, casi improvisado, muchos, muchísimos defectos; pero nadie como ellos se hará cargo de las dificultades con que ha luchado el autor y le perdonarán que no las haya vencido.

PERSONAJES.		ACTORES.
EL PRÓLOGO.	Sras.	Hijosa.
DOÑA CRISTOBALINA FERNÁNDEZ DE ALARCÓN..	»	Díez.
JUSEPA VACA.	»	G. Calderon (Doña Luisa).
JUANA DE VILLALBA.	»	Casas.
MARÍA DE LOS ÁNGELES.	»	Fernandez (D.ª Carolina).
EL MARQUÉS DE LA HINOJOSA.	Sres.	Jimenez (D. Donato)
DON PEDRO CALDERÓN.	»	Calvo (D. Ricardo).
LOPE DE VEGA..	»	Calvo (D. José).
MIGUEL DE CERVÁNTES.	»	Vallés.
TIRSO DE MOLINA.	»	García (D. Domingo)
DON FRANCISCO DE QUEVEDO.	»	Calvo (D. Rafael).
DON LUIS DE GÓNGORA.	»	Valentin.
DON JUAN RUIZ DE ALARCÓN. .	»	Calvo (D. Fernando)
DON FRANCISCO DE ROJAS. . . .	»	Romea (D. Julian).
LUIS QUIÑONES DE BENAVENTE.	»	Castilla.
JUAN DE MORALES..	»	Zamacois.

Madrid: reinado de Felipe III.



D. Pedro Calderon dice sus versos **Al pensamiento** en la tertulia del marqués de la Hinojosa

PRIMERA PARTE.

ESCENA I.

Sale el PRÓLOGO *por delante del telón de boca y dice al público:*

Senado ilustre y discreto:
no te indignes contra mí
si, á fuer de prólogo, aquí
sin ser llamado me meto;
que no lo hago sin razón
ó sin causa suficiente,
sino por ser obediente
y cumplir mi obligación.
Dos siglos há que la Parca,
con desapiadado filo,
cortó de la vida el hilo
á Calderón de la Barca...
mas no pudo su tijera
aniquilar la memoria
que va unida á nuestra historia
como buena compañera.

Una Sociedad, formada
de artistas y de escritores,
tuvo una idea... Señores,
la verdad, muy acertada;
y encontrando en todo pecho
calor archiextraordinario,
se pensó en el Centenario
y el Centenario fué un hecho.
Venció su pereza España,
y viendo hacer tánto á otros,
¿íbamos á hacer nosotros
lo que el capitán Araña?
No cupo en la Sociedad
desaliento semejante;
pero tropezó al instante
con una dificultad.
Sólo apuntárosla quiero.
Siendo Sociedad de Artistas,
cuenta con personas listas...
y con muy poco dinero;
y tendrá que ser la fiesta
—y yo os lo aseguro, y basta—
muy noble y muy entusiasta,
pero, á la par, muy modesta.
¡Y gracias á que el local
nos consiguió un socio diestro!...
Por hoy el Real es nuestro...
¡Ya cogimos un *real!*
—Mas, como aunque yo no tenga
amor á este oficio ingrato,
debo, así que pase un rato,

endilgaros otra arenga,
aquí el Prólogo se mete
donde aún á gusto estaría,
y anuncia la poesía
en el siglo diez y siete.
Yo os juro que buena es...
y si no allá lo veredes...
No me despido de ucedes...
Señores... hasta después.
(Saluda y se retira.)

ESCENA II.

Se levanta el telón y aparece una sala ricamente adornada y amueblada al gusto del siglo XVII, en casa del marqués de la Hinojosa. En el centro, mesa con candelabros. Una vihuela colgada en la pared.

Todos los personajes salen, despues de un momento y conversando animadamente, por la puerta que habrá en el fondo. El MARQUÉS *saca del brazo á* DOÑA CRISTOBALINA; LOPE, *á* JUSEPA VACA; ROJAS, *á* JUANA DE VILLALBA, *y* QUEVEDO, *á* MARÍA DE LOS ÁNGELES.

QUEVEDO.

¡Brava ha estado la cena por vida mia, señor Marqués!

TIRSO.

En mi convento de Toledo sólo cuando el prior celebra su fiesta se nos da algo parecido; y yo diré como dice en tan solemne festividad un lego que tengo á mis órdenes y que es tan comilon que ya ha hecho méritos para ser guardián: «¡Hermanos mios, estoy opíparo!»

CERVÁNTES.

Yo de mí sé deciros que, á pesar de ser poeta español de pura raza, y de no saber, por tanto, para qué sirven los dientes ni las muelas, la he encontrado exquisita sobre toda ponderación.

MARQUÉS.

No se haga el chiquito el señor Miguel de Cervántes, que quien con tan vivos colores supo describirnos en su *Don Quijote de la Mancha* las abundantes bodas de Camacho, la espléndida mesa del Duque y la parca comida de Sancho en su ínsula, está sin duda acostumbrado á comer bien.

CERVÁNTES.

Dijera Vuesa Merced que está acostumbrado á no comer ni bien ni mal, y hablaria como un libro mejor que el *Quijote* y tan bueno como la Biblia.

MARQUÉS.

Pues ¿de dónde diantres sacó el buen Cervántes aquellos primores culinarios?

CERVÁNTES.

De la imaginación, que está siempre bien provista y gusta de soñar con lo que ménos tiene, y que por lo mismo, ni un solo punto se aparta de ella.

MARQUÉS.

¿Ha parecido bien á vuesas mercedes el vinillo de Yepes que me ha regalado mi prima la comendadora de la Encarnación?

TIRSO.

Excelente nos ha parecido; pero calle el vino de Yepes donde está aquel Oporto que nos ha sazonado los postres.

GÓNGORA.

Sí, el Oporto es siempre el vino más *oportuno*.

MARQUÉS (*yendo al grupo que forman Morales, Jusepa Vaca, Juana de Villalba y María de los Ángeles*).

¿Qué dice de bueno la señora Jusepa Vaca?

JUSEPA.

Yo no puedo decir nada de bueno en esta noche y en esta ocasión.

MARQUÉS (*sonriendo*).

Y eso que ha dicho, ¿no es como suyo?—¿Por qué está tan triste Juanilla? (¿Que te ha hecho Rojas? (*Aparte á ella.*)

JUANA.

Él lo sabe.)

MARQUÉS.

¿Qué tiene de tan mal talante á María de los Ángeles?

MARÍA.

Nada, señor Marqués, sino que Morales se empeña en que debemos irnos, porque mañana temprano hay que ensayar la comedia nueva.

MARQUÉS.

¿Cómo es eso?

MORALES.

Tenga presente vuecelencia que.....

MARÍA.

Calle el señor Morales; que, fuera del teatro, no tiene costumbre de hablar más que cuatro palabras al amanecer, dos por la tarde y ninguna después de anochecido, y le hará falta toda la saliva para gruñir y recitar.

(El Marqués vuelve á reunirse con los poetas. Los actores continúan hablando en voz baja.)

ALARCÓN.

Yo he cenado tánto y tan bien, que estoy por de-

cir que la corcova se me ha mudado de domicilio, pasándoseme de la espalda y el pecho á la mitad del estómago.

ROJAS.

García del Castañar renunciaria de buen grado á la vida campestre con sólo cenar una vez en casa de nuestro ilustre anfitrión.

MARQUÉS.

¿Qué hace ahí tan meditabundo y silencioso el señor don Luis Quiñones de Benavente?

BENAVENTE.

Benavente, señor Marqués, está muy ocupado en digerir las ideas de los demas comensales.

LOPE.

Y pensando en los entremeses.

MARQUÉS.

¿Trae el señor licenciado entre manos alguno nuevo?

LOPE.

Entre manos y boca ha traido y llevado todos los de vuestra mesa.

DOÑA CRISTOBALINA.

¿No les parece á vuesas mercedes que, después de

comer tánto, hablar con tánto exceso de lo que se ha comido tiene algo de gula parlera?

QUEVEDO.

Dice muy rebien la discreta doña Cristobalina Fernandez de Alarcón, luz y espejo de las musas antequeranas; y estoy con ella y á ella me arrimo y de ella prometo no apartarme.

LOPE.

¿Y de qué hemos de hablar?

GÓNGORA.

Hablemos del tiempo, que es asunto siempre viejo, y por lo mismo siempre nuevo.

ALARCÓN.

No hablemos del tiempo, que los tiempos no pueden estar peores.

CALDERÓN.

Eso se ha dicho siempre.

CERVÁNTES.

Pues no dude vuesa merced que siempre se habrá dicho por algo.

DOÑA CRISTOBALINA.

¿Qué se sabe de política?

BENAVENTE.

Hablemos de comedias, que tanto monta y es algo más interesante. ¿Cómo lleva el Fénix de los Ingenios la que empezó ayer mañana para los cómicos del Corral de la Pacheca?

LOPE.

Mañana se representará, y mañana podrán vuesas mercedes deshacer en una hora lo que yo he compuesto en veinte y cuatro.

JUSEPA.

Mañana se representará y mañana se aplaudirá.

MORALES.

Sobre todo si nos retiramos agora y madrugamos á estudiar.

MARÍA.

Pero ¡qué hombre éste! ¡No escarmienta! ¡Calle por su alma!

MORALES.

A las diez nos vamos á casa.

MARQUÉS.

¿Se sabe algo de nuevo de Flandes?

QUEVEDO.

El duque de Lerma dice á todo el que no le quiere oir, que las cosas van de bien en mejor; de lo cual prudentemente puede deducirse que se están como se estaban.

CALDERÓN.

«Peor está que estaba» es el título de una comedia que pienso escribir, con la ayuda de Dios.

GÓNGORA.

Pues hágala pronto el señor don Pedro, y será de circunstancias.

JUANA.

Y tráigala á nuestro corral.

MARÍA.

Y se la haremos de perlas..... sobre todo si yo tengo papel y el señor Morales le tiene de celoso.

MARQUÉS.

Pero ¿van vuesas mercedes á estarse revolviendo lo divino y lo humano toda la santa noche sin cumplirme la promesa que solemnemente me hicieron ayer? ¿Tan pronto han olvidado nuestro trato?

DOÑA CRISTOBALINA.

Es verdad. Estamos comprometidos á pagar la cena con versos.

MARQUÉS.

Pues á pagar al contado, que va haciéndose tarde y el acreedor no perdona la deuda.—Díganos Frey Félix alguna poesía.

LOPE.

¿Poesía despues de cómer? Por fuerza tendrá que ser poesía *bucólica*.

MARQUÉS.

No se haga de rogar, y empiece, que ya estamos todos ávidos de oirle.

LOPE.

Y ¿qué quieren vuesas mercedes que diga?

CERVÁNTES.

Diga lo que quiera, que «suyo y bueno» son palabras que valen lo mismo.

DOÑA CRISTOBALINA.

Cuando una cosa parece bien, es ya uso vulgar y corriente decir que es de *Lope* para ponderarla. Diga Lope versos *de Lope*, y con eso nos contentamos.

LOPE.

Yo lo haré de buena gana; pero no sin oir ántes los versos que doña Cristobalina tiene escritos á

Santa Teresa de Jesús y que me recitó la otra tarde en el Prado de San Jerónimo.

DOÑA CRISTOBALINA.

Voy á decirlos ahora mismo para no tardar más tiempo en oir los de vuesa merced.

MARQUÉS *(á los demás poetas que se habian levantado y hablaban entre sí.)*

¡Un poco de silencio, señores!

TODOS.

¡Atención, atención!

DOÑA CRISTOBALINA.

Á Santa Teresa de Jesús en su beatificación.

Engastada en rizos de oro
la bella nevada frente,
descubriendo más tesoro
que cuando sale de Oriente
Febo con mayor decoro;
En su rostro celestial
mezclando el carmín de Tiro
con alabastro y cristal,
en sus ojos el zafiro
y en sus labios el coral;
El cuerpo de nieve pura
que excede toda blancura;
vestidos del sol los rayos,
vertiendo abriles y mayos
de la blanca vestidura;

En la diestra refulgente
que mil aromas derrama,
un dardo resplandeciente,
que lo remata la llama
de un globo de fuego ardiente:
Batiendo en ligero vuelo
la pluma que al oro afrenta,
bajó un serafín del cielo,
y á los ojos se presenta
del serafín del Carmelo.
Y puesto ante la doncella,
mirando el extremo della,
dudara cualquier sentido
si él la excede en lo encendido
ó ella le excede en ser bella.
Mas viendo tanta excelencia
como en ella puso Dios,
pudiera dar por sentencia
que en el amor de los dos
es poca la diferencia.
Y por dar más perfección
á tan angélico intento,
el que bajó de Sïón,
con el ardiente instrumento
le atravesó el corazón.
Dejóla el dolor profundo
de aquel fuego sin segundo
con que el corazón le inflama,
y la fuerza de su llama,
viva á Dios y muerta al mundo.
Que para mostrar mejor

cuánto esta prenda le agrada,
el universal Señor
la quiere tener sellada
con el sello de su amor.
(Muestras de aprobación.)

ALARCÓN.

No puede sentirse, ni hablarse, ni recitarse mejor.

DOÑA CRISTOBALINA.

Díganos Lope ahora la relación con que la otra tarde me hizo aborrecer mis quintillas; y presto verán vuesas mercedes lo equivocado que anda el autor de *La Verdad sospechosa.*

ALARCÓN.

Aquella verdad mía no era sospechosa.

DOÑA CRISTOBALINA.

Pero la mía es verdad probada.

GÓNGORA.

Basta de cumplimientos y venga la relación.

LOPE. *(Sacando varios papeles y escogiendo uno.)*

Tómela Jusepa Vaca y léala como ella sabe hacerlo; que pensando en ella la escribí.

MARÍA. *(A Morales.)*

¿Oís? ¡Pensando en ella!...

MORALES. *(Preocupado.)*

(¿Pensando en ella?)

LOPE.

Y no acordándome de su marido por cierto.

JUSEPA VACA. *(Lee.)*

Tiempos de mudanzas llenos
y de firmezas jamás,
que ya de ménos á más
y ya vais de más á ménos,
¿cómo en tan breve distancia
para tánto desconsuelo,
habeis humillado á el suelo
mi soberbia y arrogancia?
El desprecio que tenía
de cuantas cosas miraba,
las galas que desechaba,
los papeles que rompía;
el no haber de quien pensase
que mi mano mereciese,
por servicios que me hiciese,
por años que me obligase;
toda aquella bizarría
que como sueño pasó,
á tanta humildad llegó,
que por mí decir podria:
Aprended, flores de mí
lo que va de ayer á hoy,

que ayer maravilla fuí
y hoy sombra mia no soy.
Flores que á la blanca aurora
con tal belleza salís,
que soberbias competís
con el mismo sol que os dora,
toda la vida es un hora:
como vosotras me ví,
tan arrogante salí;
sucedió la noche al dia:
mirad la desdicha mía,
aprended, flores, de mí.
Maravilla solía ser
de toda la Andalucía:
ó maravilla ó María,
ya no soy la que era ayer.
Flores, no os deis á entender
que no sereis lo que soy,
pues hoy en estado estoy
que, si en ayer me contemplo,
conocereis por mi ejemplo
lo que va de ayer á hoy.
(Aplausos generales.)

CERVÁNTES.

¡Cómo escribe este hombre!...

JUSEPA VACA. *(Entusiasmada.)*

Este hombre tiene un alma de hombre y otra de mujer.

MORALES. *(Amostazado, aparte á su esposa.)*

(¡Jusepa!)

QUEVEDO.

¿Alma de mujer? Amigo Lope, por ahí os llaman desalmado.

GÓNGORA. *(A Lope.)*

¡Hermosos versos, á fe mía!

LOPE.

Pero no mejores que los de vuesa merced.

MARQUÉS.

Díganos Góngora unos cuantos y comparemos.

CERVÁNTES.

Diga, si quiere, el romance de
«Servía en Orán al Rey
un español con dos lanzas...»

GÓNGORA.

Servía en Orán al Rey
un español con dos lanzas,
y con el alma y la vida
á una gallarda africana,
tan noble como hermosa,
tan amante como amada,
con quien estaba una noche.

cuando tocaron al arma.
Trescientos zenetes eran
deste rebato la causa,
que los rayos de la luna
descubrieron las adargas.
Las adargas avisaron
á las mudas atalayas,
las atalayas los fuegos,
los fuegos á las campanas,
y ellas al enamorado,
que en los brazos de su dama
oyó el militar estruendo
de las trompas y las cajas.
Espuelas de honor le pican
y freno de amor le pára;
no salir es cobardía,
ingratitud es dejalla.
Del cuello pendiente ella,
viéndole tomar la espada,
con lágrimas y suspiros
le dice aquestas palabras:
«Salid al campo, señor,
bañen mis ojos la cama,
que ella me será tambien,
sin vos, campo de batalla.
Vestíos y salid apriesa,
que el general os aguarda;
yo os hago á vos mucha sobra
y vos á él mucha falta.
Bien podeis salir desnudo,
pues mi llanto no os ablanda,

que teneis de acero el pecho,
y no habeis menester armas.»
Viendo el español brioso
cuánto le detiene y habla,
le dice así: «Mi señora,
tan dulce como enojada,
porque con honra y amor
yo me quede, cumpla y vaya,
vaya á los moros el cuerpo,
y quede con vos el alma.
Concededme, dueño mio,
licencia para que salga
al rebato en vuestro nombre,
y en vuestro nombre combata.»

MARQUÉS.

En efecto, los dos rasgos son mejores el uno que el otro.

CERVÁNTES. *(Con noble amargura.)*

Eso es hacer versos, y lo demás quererlos hacer

GÓNGORA.

Vamos, vamos, que el autor del *Viaje del Parnaso*, el autor de la *Canción de Crisóstomo*, puede poner sus versos al lado de los mejores.

CERVÁNTES.

Sí que puedo ponerlos; pero no lo haré, porque tengo la desgracia de saber lo poco que valen, y

aunque son malos, al fin y á la postre los quiero como á hijos, y me entristece que hagan mal papel

QUEVEDO.

Recítenos algunos versos suyos el señor Cervántes.

CERVÁNTES.

Díjome dias atrás un librero que de mi prosa podia esperarse algo; pero de mis versos nada.

ALARCÓN.

Y ¿qué saben de libros los libreros?

CERVÁNTES.

Saben venderlos bien y pagárnoslos mal. ¿Le parece á vuesa merced poco? El librero decia verdad. Nada puede esperarse de mis versos. Yo he esperado harto tiempo de ellos y no he sacado nada en limpio, ni siquiera los borradores.

QUEVEDO.

Pues díganos algo de prosa; que la prosa de Cervántes tiene más número y medida, y más poesía además, que los mejores versos que hay escritos en lengua castellana.

GÓNGORA.

* Díganos, sin ir más lejos, aquel hermoso trozo en que el hidalgo manchego pinta y describe al ca-

ballero del verde gabán lo que entiende por poesía don Quijote.

CERVÁNTES.

No lo tengo ahora en la memoria.

BENAVENTE.

Pues bien podeis decir que sois el único español que se halla en ese caso.

MARQUÉS.

Sobre esta mesa está el libro escuchando la conversación. *(Alargando el volúmen á Cervántes.)*

CERVÁNTES.

Si todos lo sabeis de memoria ¿para qué lo he de leer?

ALARCÓN.

Las cosas buenas y los buenos amigos siempre se ven con gusto, y precisamente porque se los conoce.

CERVÁNTES.

Tome el libro Juana de Villalba, que ella es la poesía misma, y hablando ella convenceré mejor al concurso.

JUANA. *(Lee.)*

«La poesía, señor hidalgo, á mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad y en todo ex-

tremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias; y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traida por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio. Hála de tener, el que la tuviere, á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias ó en comedias alegres y artificiosas; no se ha de dejar tratar de los truhanes ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde; que todo aquél que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso, y estimado su nombre en todas las naciones del mundo.»

(Todos aplauden.) *

MARQUÉS.

No me quedo yo conforme con que el señor Cervántes deje de decirnos versos. Recítenos su gallardo soneto *Al túmulo de Felipe II en Sevilla.*

CERVÁNTES.

Allá va el soneto, aunque sea un soneto de más de catorce versos y contradiga aquello, autorizado por Lope, de que «catorce versos dicen que es soneto». El mio tiene estrambote y no deja de ser algo estrambótico y singular.

TODOS.

¡Venga, venga el soneto!

CERVÁNTES.

Voto á Dios que me espanta esta grandeza,
y que diera un doblón por describilla;
porque ¿á quién no suspende y maravilla
esta máquina insigne, esta riqueza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo ¡oh gran Sevilla!
Roma triunfante en ánimo y nobleza.
Apostaré que el ánima del muerto,
por gozar este sitio, hoy ha dejado
la gloria donde vive eternamente.
Esto oyó un valentón, y dijo: «Es cierto
cuanto dice voacé, señor soldado,
y el que dijere lo contrario ¡miente!»
Y luego in continente
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

QUEVEDO.

Digno es el soneto del asunto.

CERVÁNTES.

Pero no mejor que las redondillas que el jóven don Pedro Calderón de la Barca tiene escritas á *El Pensamiento.*

MARQUÉS *(Haciéndole una seña expresiva y afectuosa.)* ¡Vamos, señor don Pedro, vamos!

CALDERÓN.

Las diré tan sólo para que con su sombra brillen y se destaquen los valientes endecasílabos de mi ilustre maestro.

El Pensamiento.

Yo de solos atributos
que mi sér inmortal pide,
soy una luz que divide
á los hombres de los brutos.
Soy el primero crisol
en que toca la fortuna,
más mudable que la luna,
y más ligero que el sol.
No tengo fijo lugar
donde morir y nacer,
y ando siempre sin saber
dónde tengo de parar.
La adversa suerte ó altiva

siempre á su lado me ve;
no hay un hombre en que no esté
ni mujer en que no viva.
Soy en el rey el desvelo
de su reino y de su estado;
soy en el que es su privado
la vigilancia y el celo:
Soy en el rico justicia,
la culpa en el delincuente,
virtud en el pretendiente,
y en el próvido malicia;
En la dama la hermosura,
en el galan el favor,
en el soldado valor,
en el tahur la ventura;
En el avaro riqueza,
en el mísero agonía,
en el alegre alegría,
y en el triste soy tristeza;
Y en fin, inquieto y violento,
por donde quiera que voy
soy todo y nada, pues soy
el humano pensamiento.
Mirad si bien me describe
variedad tan singular,
pues quien vive sin pensar
no puede decir que vive.

MARQUÉS.

Digo de estos pasajes lo que dije de los pasados: todos son mejores.

CERVÁNTES.

En punto á romances...

GÓNGORA.

¿Quién ha hablado aquí de romances? «Pasajes» han dicho.

CERVÁNTES.

Yo hablo y voy á hablar.—En punto á romances, conozco yo uno que el señor don Juan Ruiz de Alarcón introdujo en su preciosísima comedia de *La verdad sospechosa*...

TODOS.

¡Qué lo diga! ¡Qué lo diga el autor!

ALARCÓN.

Mi pico es picota de versos malos, y no me parece bien ajusticiar los mios.

DOÑA CRISTOBALINA.

Otra verdad sospechosa, tocayo, y van dos.

CERVÁNTES.

¡Vaya! ¡No hay escape! *(Dirigiéndose animadamente á todos.)* Habla un embustero, y no queriendo casarse con cierta dama que su padre le propone—por creer él que es otra aquella de quien anda ena-

morado — inventa mil embustes para salir del apuro, ó por mejor decir, para entrar en otro nuevo y más dificultoso.

MARQUÉS.

Tome la comedia y lea; que, aunque es buena, no es de las que más se han representado, y todos oiremos con gusto el romance del trapalón D. García.

ALARCÓN.

Pero ¿no sería mejor que, ya que está aquí Juan de Morales, que ha hecho en provincias ese papel, nos hiciera bien la escena en vez de decirla yo mal?

TODOS.

Sí, sí, mejor es.

MORALES.

Y ¿he de hacerla aquí sin apuntador y sin...

MARQUÉS.

Yo se lo ruego... *(Morales se inclina respetuosamente.)*

MARÍA. *(Aparte á Morales.)*

(¡Me alegro! ¡Me alegro! ¡Rabia! ¡Rabia! Ya no nos vamos á las diez. Descuida, hombre, que yo cuidaré, mientras tú recitas, de que Jusepa hable á su sabor con quien más le agrade.)

MORALES.

(Para sí) (¿La mira Lope?)

(Receloso, sin quitar ojo de su mujer al principio y entrando poco á poco en el papel del embustero. Don García está hablando sin saber lo que va á decir y á veces ni lo mismo que va diciendo; busca palabras, completa ideas, y en todo cuanto habla se ve palpablemente el trabajo que aquella vez le cuesta mentir.)

(Agora os he menester
sutilezas de mi ingenio.)
—En Salamanca, señor,
hay un caballero noble,
de quien es la alcurnia Herrera
y don Pedro el propio nombre.
A este dió el cielo una hija
tan hermosa como pobre,
que al mayorazgo nacieron
ántes que ella dos varones.
A esta, pues, saliendo al rio
la ví una tarde en su coche...
Caso fué verla, forzoso;
viéndola, cegar de amores,
pasar su calle de dia,
rondar su casa de noche.
Con terceros y papeles
le encarecí mis pasiones,
hasta que al fin condolida
ó enamorada, responde,
porque también tiene Amor

jurisdicción en los dioses.
Fuí acrecentando finezas
y ella aumentando favores,
hasta ponerme en el cielo
de su aposento una noche.
Y cuando solicitaba
el fin de mi pena enorme,
siento que su padre viene...
Ella, turbada, á empellones
mi casi difunto cuerpo
detrás de su lecho esconde.
Llegó don Pedro, y su hija
fingiendo gusto abrazóle,
por negarle el rostro en tanto
que cobraba sus colores.
Asentáronse los dos,
y él con prudentes razones
le propuso un casamiento
con uno de los Monroyes.
Ella, honesta como cauta,
de tal suerte le responde
que ni á su padre resista
ni á mí, que la escucho, enoje.
Despidiéronse con esto,
y cuando ya casi pone
en el umbral de la puerta
el viejo los piés, entónces...
—¡mal haya, amén, el primero
que fué inventor de relojes!—
uno que llevaba yo
á dar comenzó ¡las doce!

Oyólo don Pedro, y vuelto
hácia su hija: «¿De dónde
vino ese reloj?»—le dijo.—
Ella respondió: «Envióle,
para que se le aderecen,
mi primo don Diego Ponce,
por no haber en su lugar
relojero ni relojes.»
—«Dádmele,—dijo su padre,—
porque yo ese cargo tome.»
Al momento doña Sancha,
(que este es de la dama el nombre)
á quitármele del pecho
cauta y prevenida corre...
Quitémele yo, y al darle,
quiso la suerte que toquen
á una pistola que tengo
en la mano, los cordones.
Cayó el gatillo, dió fuego:
al tronido desmayóse
doña Sancha; alborotado
el viejo, empezó á dar voces...
Yo, viendo el cielo en el suelo,
y eclipsados sus dos soles,
imaginéme culpable
del delito más enorme...
Con esto, pues, despechado
saqué rabioso el estoque:
fueran pocos para mí
en tal ocasión mil hombres.
A impedirme la salida

como dos bravos leones,
con sus armas, sus hermanos
y sus criados se oponen...
Mas, aunque fácil por todos
mi espada y mi furia rompen,
al salir ya por la puerta,
como iba arrimado, asióme
la alcayata de la aldaba
por los tiros del estoque.
Sancha recobró su acuerdo,
cerró la puerta y dejóme
á mí con ella encerrado
y fuera á mis agresores...
Arrimamos á la puerta
baules, arcas y cofres,
quisimos hacernos fuertes,
mas mis contrarios feroces
ya la pared me derriban
y ya la puerta me rompen.
Hube de darme á partido
y pedirles que conformen
con la unión de nuestras sangres
tan sangrientas disensiones.
Hízose, y en dulce paz
la mortal guerra trocóse,
dándote la mejor nuera
que nació del Sur al Norte.
Mas en que tú no lo sepas
quedamos todos conformes,
por no ser con gusto tuyo
y por ser mi esposa pobre;

pero ya que fué forzoso
saberlo, mira si escoges
por mejor tenerme muerto
que vivo y con mujer noble.

(Morales respira al fin por haber concluido la relación, como marido, y por haber acabado de mentir, como don García: saca el pañuelo y se enjuga el sudor del rostro, mientras todos aplauden y le abrazan y María de los Ángeles rie á hurtadillas.)

QUEVEDO.

Es un modelo de gracia.

CERVÁNTES.

Ese es el camino de la buena comedia: si algún dia se componen perfectas en España, ese modelo han de seguir.

ALARCÓN.

Para gracia, la descripción de la vida estudiantil que se hace en *Obligados y ofendidos*, comedia todavía no acabada de D. Francisco de Rojas, aquí presente.

GÓNGORA.

No seré yo quien lo dude.

BENAVENTE.

Ni yo tampoco; pero no estará demás recurrir á la prueba.

ROJAS.

En callar consistirá mi mayor triunfo.

QUEVEDO.

Pues hable, aunque sólo sea por modestia.

MARQUÉS.

Yo, por mi parte, soy todo oidos.

ROJAS.

Habla el gracioso con el padre de su amo y dice:

Nuestro estudiante, amo mio,
y seis que con él están,
vive pegado al Dean,
junto á la puerta del rio,
que para sus malas mañas
es barrio de mejor modo.
Tiene el aposento todo
colgado de telarañas,
á donde pudieras ver
de cordeles y de pino
una cama de camino
como mula de alquiler.
Y advierto que no te espante
verla tan mal comparada,
pues sobre ser alquilada
se derrienga á cada instante.
Hay, por si comer previene,
(porque hay dias que se trae)

una mesa que se cae
y una silla que se tiene.
Compró, por si acaso hiela,
de paño una mala capa;
tiene un espejo sin tapa,
y un cepillo que se pela...
Para limpiar la persona,
servirse con opinión,
cada uno tiene un gorrón
y todos una gorrona.
Que se levanta sabrás
á escuelas con atención,
y no á estudiar la lición
sino á estorbar los demás.
Á su hora señalada,
á comer la olla contina
va con hambre estudiantina,
que la canina no es nada.
Comen todos en un plato,
y, aguardando á que él empiece,
cuando ellos comen, parece
que lo comen de barato.
Cencerrea la guitarra;
va á jugar zaino y cruel
espada, daga y broquel;
después á tirar la barra.
De noche se va al mercado
—si no hay otro mal que hacer—
en otro traje, á correr
asadores de adobado.
Quiérese luégo acostar;

hágole blanda la cama;
da treinta voces al ama
que le suba de cenar;
llegan los tres mentecatos
con un respeto que admira;
si alguien come más, le tira
los libros porque no hay platos.
¿Rezar? Aún no sabe tanto.
¿Reñir? Es cosa precisa.
¿Estudiar? Cosa de risa.
¿Hacer mal? Cosa de llanto.
En la copia puedes ver
que mi lengua te pintó,
el hijo que te costó
tanto trabajo de hacer.
Ya, señor, te lo he pintado:
mira, aunque más te le pida,
si habrás gastado en tu vida
dinero tan mal gastado.

QUEVEDO.

¡No puede escribirse mejor!

ROJAS.

¿Cómo que no? Hagan vuesas mercedes que Quevedo les diga su *Sátira contra el matrimonio*, y verán con qué descaro miente un caballero santiagués.

QUEVEDO.

La *Sátira contra el matrimonio* es larga y escabro-

sa, y no muy limpia.... Tiene algunos de los defectos del asunto. Diré tan sólo algunos tercetos.

DOÑA CRISTOBALINA.

¿Y nos dejará á media miel?

QUEVEDO.

(La sátira contra el matrimonio delante de cuatro mujeres, una casada, otra viuda, otra soltera... ¡y otra soltera y poetisa de añadidura! ¡Me van á arañar!!!)—La sátira va dedicada á un mal amigo, que me aconsejaba que me casase y perdiese mi doncellez.

Dime ¿por qué con modo tan extraño
meditas mi deshonra y desventura
tratando fiero de casarme ogaño?
Ántes para mi entierro venga el cura
que para desposarme; ántes me velen
por vecino á la muerte y sepultura.
Ántes con mil esposas me encarcelen
que aquesa tome, y ántes que *sí* diga,
la lengua y las palabras se me hielen.

TODOS LOS HOMBRES.

¡Bien! ¡Bien!

LAS MUJERES.

¡Mal! ¡Mal!

QUEVEDO.

(¿Les pica la sátira? ¡Señal de que no le falta picante!) Paso, paso, que ahora digo verdad.

TODOS.

¡A ver! ¡A ver!

QUEVEDO.

Eso de casamientos... á los bobos
y á los que en ti no están escarmentados,
simples corderos, que degüellan lobos.
A los hombres que están desesperados,
cásenlos en lugar de darles soga:
morirán poco ménos que colgados.

MUJERES.

¡Fuera! ¡Fuera!

QUEVEDO.

Sí, señoras, sí: fuera de esa horca estoy, á Dios gracias, y Él me conserve.

Los siempre condenados mercaderes
mujeres toman ya por granjería
como toman agujas y alfileres.
Dicen que es la mejor mercadería...
porque la venden y se queda en casa,
y lo demás vendido se desvía.

HOMBRES.

¡Vítor! ¡Vítor!

DOÑA CRISTOBALINA.

¡Eso no tiene gracia!

QUEVEDO.

Verdad, señora: no tiene más que justicia.
El grave regidor tambien se casa
por poner tasa en lo que venden todos
y tener cosa que vender sin tasa.

GÓNGORA.

Los tercetos del médico.

TODOS.

¡Sí, sí, los tercetos del médico!

QUEVEDO.

El médico se casa de artificio
por si cosa tan pérfida acabara
haciendo al hombre tanto beneficio.
Y él sólo fuera bien que se casara
porque ambos diesen muerte á sus mitades
y el mundo de los dos se libertara. *(Todos se rien).*
—Voy á concluir.

JUSEPA.

¿Con el matrimonio?

QUEVEDO.

¡Ojalá pudiera!
—Déjame, pues, vivir; no me destruyas,
ya que de mi pasión y mi tormento

canté las celebradas aleluyas.
Quiero contar con tu licencia un cuento
de un filósofo antiguo celebrado,
por ser cosa que toca á casamiento.
—Vivió infinitos años enfadado
con otro sabio, y sin haber podido
vengar en él el corazón airado.
Al cabo vino á hallarse muy corrido
de ver á su contrario siempre fuerte
y nunca en tanto tiempo de él vencido.
De saña lleno, decretó su muerte,
y al fin como traidor vino á engañalle
y pudo de él vengarse de esta suerte.
Una hija tenía de buen talle,
hermosa y pulidísima doncella
y ordenó con aquesta de casalle.
Fingió hacer amistades, y con ella
el diabólico pacto se asegura:
prendóse el enemigo de la bella
y ¡oh gran poder de amor! en su locura
contento á casa la llevó consigo:
casóse con la moza el sin ventura.
Despues culpando al sabio cierto amigo
la ignorancia cruel y el yerro extraño
que hiciera en dar su hija á su enemigo,
él respondió: «No entiendes el engaño,
pues por vengarme del contrario fiero
lo casé: ¿se le puede hacer más daño?»

DOÑA CRISTOBALINA.

¡No se pueden decir más perrerías!

QUEVEDO.

¿Perrerías? Oigan y concluyo.
—A propósito viene la conseja
que del canino Diógenes famoso
quiero contarte, aunque parezca vieja.
—Caminando en un dia caluroso,
vió una mujer bellísima colgada
de las ramas de un álamo pomposo.
Y despues que la tuvo bien mirada,
con lengua, como siempre, disoluta,
dijo (digna razon de ser notada):
«¡Ah! ¡Qué estimados de la gente astuta
fueran todos los árboles, si todos
estuvieran cargados de esta fruta!»
(Todos los hombres aplauden.)

QUEVEDO. *(Mirando á Morales.)*

Aquí hay un marido: que diga que tal le va en el matrimonio.

TODOS.

¡Que lo diga! ¡que lo diga!

MORALES. *(Con gravedad.)*

Me va tan bien con mi honradísima mujer, que ni siquiera me ha puesto de mal humor la sátira.

QUEVEDO.

¿Sois feliz?

MORALES.

¡Sí!
(Jusepa le mira amorosamente.)

QUEVEDO.

Prueba irrecusable de que el matrimonio es malo.

MORALES. *(Receloso.)*

¿Por qué?

QUEVEDO.

Porque sois una excepción, y la excepción confirma la regla.
(Aplauden los hombres.)

DOÑA CRISTOBALINA. *(Riendo.)*

Yo no aplaudo, porque eso ninguna mujer puede aplaudirlo.

LAS DEMÁS MUJERES.

¡Ni yo! ¡ni yo!

QUEVEDO.

Es verdad: quien inspira ciertas cosas no puede celebrar lo que, en cierto modo, es obra suya.—Pero aún no han dicho «esta boca es mia» Tirso, ni Luis de Benavente. Reclamo que se les obligue á hacer lo que todos hemos hecho.

BENAVENTE.

Háganos el fraile de la Merced la de decirnos algo.

TIRSO.

Hacedme vos la de darme el ejemplo.

BENAVENTE.

Vos, como sacerdote, debeis predicar.

TIRSO.

Ya os predico; pero una cosa es predicar y dar trigo es otra muy otra.—Yo diré despues un cuentecillo que acabo de escribir y que sólo puede admitirse como fin de fiesta.

BENAVENTE.

Os diré algunos versos de mi entremés *Las Civilidades*. Es lo único que recuerdo.

No hay que hacer burla, hablantes de poquito,
que no sabeis hablar, por Dios bendito!
¿Por qué á un hombre que tiene mala lengua
le llamas *mal hablado*? Dí, barbado,
que ese es *mal hablador*, no mal hablado.
Suele decir un hombre al más amigo:
«Mire lo que le digo»
Y puede arrepentirse:
que *oiga lo que le digo* ha de decirse.
¿Qué será de *pé á pá* y *una sed de agua*?
¿Qué es estarse *erre que erre* aunque le pese?

¿Tiene más *erre que erre* que *ese que ese*?
Sueles decir furioso
que ni teme ni debe á un desalmado:
con eso le has honrado;
porque, para abatille,
que ni *teme* ni *paga* has de decille.
Pues ¿y el *zás* si le advierto?
«*Alzó la espada y ¡zás! dejóle muerto.*»
Es vergüenza decillo:
más gente ha muerto el *zás* que un tabardillo.
Y no es menor enojo
el blason de tener «*Sangre en el ojo.*»
Decid, locuras vanas:
sangre en el ojo ¿es honra ó almorr...
(Todos aplauden y cortan la palabra final.)

QUEVEDO.

Gracias, señores, gracias.

MARQUÉS.

¿Por qué da las gracias Quevedo?

QUEVEDO.

Porque ese entremés lo pescó sin caña el señor licenciado, en las aguas de mi «Cuento de cuentos.»

BENAVENTE. *(Muy alborotado.)*

¿Qué dice?....

(Todos siguen el diálogo con interés y sobresalto, y más que todos el marqués. Las mujeres se asustan y se levantan.)

MARQUÉS.

¡Señores!.... ¡señores!....

BENAVENTE.

Mi entremés está escrito muchos años ántes de que vuesa merced pensase en escribir su obra..... la mia, para hablar con propiedad.

QUEVEDO.

Y eso ¿qué significa sinó que me la supo adivinar el señor Quiñones y me la robó ántes de yo tenerla?

BENAVENTE.

Luego ¿hablaba de burlas?

QUEVEDO.

Pues ¿vale este pícaro mundo la pena de hablar en serio?—Esto sin contar que ¡á saber de dónde la habrá robado vuesa merced!

BENAVENTE. *(Abrazándole.)*

¡Siempre el mismo!

QUEVEDO.

¿Cree formalmente vuesa merced que, á poder ser otro, seguiría siendo el que soy? Yo soy Quevedo porque no puedo ser otra cosa.

MARQUÉS.

Pero ¿y el cuento del maestro Tirso?

TIRSO.

Aquí está calzado de botas y espuelas.
—Voy á decir de contado
el cuento á que hice alusión.
Dicen que en cierta nación
era por rey adorado
aquel que á cuestas tenía
la cosa de mayor peso,
saliendo con el suceso
quien más tiempo la sufria.
Una vez se convocó
el pueblo á elegir cabeza;
y hubo quien tal fortaleza
entre los demás mostró,
que un ébano entero tuvo
dia y medio, sin que hubiese
quien competir se atreviese
con él, y al tiempo que estuvo
casi el reino en su poder
y el pueblo le engrandecia,
salió otro que traia
á cuestas á su mujer;
y la gente convocada
en su favor sentenció,
que con la mujer no halló
otra cosa más pesada.

MARQUÉS.

La reunión dice que le ha sabido á poco.

TIRSO.

Pues á mí me conviene que no coma más; que las ganas vienen comiendo, y entre poetas, sin dificultad se pasa de comer á morder. *(Mirando á Quevedo y á Benavente: todos se rien y ellos también.)*

JUANA.

¡Lindas cosas hemos estado oyendo esta noche! A bien que ya hace años que sor Juana de la Cruz, la inmortal poetisa mejicana, tomó la defensa de las mujeres y dijo en versos dignos de Quevedo arrepentido:

Hombres necios que acusais
á la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpais;
Si con ansia desigual
solicitais su desdén,
¿por qué quereis que obren bien
si las incitais al mal?
¿Qué humor puede ser más raro
que el que falto de consejo
él mismo enturbia el espejo
y siente que no esté claro?
Con el favor y el desdén
teneis condición igual:
os quejais si os hacen mal;
os burlais si os quieren bien.
Siempre tan necios andais,

que con desigual nivel
á una culpais por cruel,
y á otra por fácil culpais.
Pues ¿cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?
Dan vuestras amantes penas
á sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las quereis hallar muy buenas.
¿Cuál será más de culpar
—aunque cualquiera mal haga—
la que peca por la paga,
ó el que paga por pecar?
Pues ¿para qué os espantais
de la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis
ó hacedlas cual las buscais.

DOÑA CRISTOBALINA.

¡Eso es escribir!

QUEVEDO.

Bien se ve que no fué leon el pintor.

MARÍA.

Vaya, vaya, ya que nadie me lo ruega, venga la vihuela *(se la dan)* que voy á canturrear una jácara de Quevedo para que termine la funcion con música.

MORALES.

¡Marigüela!.... *(Aparte á ella.)*

MARÍA.

Paso, señor Morales: usarcé se ha lucido recitando el romance de *El Embustero*, y yo también me quiero lucir.

(Recitando con cierta canturía. La orquesta imita el són de la guitarra.)

Zampuzado en un banasto
me tiene su majestad,
en un callejon Noruega
aprendiendo á gavilan.
Graduado de tinieblas
pienso que me sacarán,
para ser noche de invierno
ó en culto algun madrigal.
Yo que fuí norte de guros,
enseñando á navegar
á las godeñas en ánsias,
á los buzos en afan,
Enmoheciendo mi vida
vivo en esta oscuridad,
monge de zaquizamíes,
ermitaño de un desvan.
Un abanico de culpas
fué principio de mi mal;
un letrado de lo caro,
grullo de la puridad.

Los diez años de mi vida
los he vivido hácia atrás,
con más grillos que el verano,
cadenas que el Escorial.
Más alcaides he tenido
que el castillo de Milán;
más guardas que el monumento;
más hierros que el Alcorán;
más sentencias que el derecho;
más causas que el no pagar;
más autos que el dia del Corpus;
más registros que un misal;
más enemigos que el agua;
más corchetes que un gabán;
más soplos que lo caliente;
más plumas que el tornear.
Bien se puede hallar persona
más jarifa y más galán;
empero más bien prendida
yo dudo que se hallará.

TODOS.

¡Vítor! ¡Vítor!

MARQUÉS.

Mira de Améscua, Montalban y Luis Velez de Guevara me prometieron venir y se han excusado á última hora.

LOPE.

Montalban anda muy atareado estos dias.

QUEVEDO.

¿Quién es ella?

CERVÁNTES.

En verdad que daria algo bueno, si yo lo tuviera, por haber oido leer á Mira de Améscua algunos versos de su asombrosa comedia *El esclavo del demonio* ó á lo ménos su ternísima silva del *Pajarillo*.

QUEVEDO.

Lástima que no podamos murmurar de quien tan buenos versos hace.

GÓNGORA.

No, no es posible.

MARQUÉS.

En fin, hemos dado pasto al cuerpo y al alma; y, gracias á vuesas mercedes, he pasado yo una noche deliciosa!

QUEVEDO.

¿Eso es decirnos que nos vayamos?

MARQUÉS.

¿Por qué lo dice el señor don Francisco?

QUEVEDO.

Porque un amigo mio, casado y dormilón,—y el

ser dormilón es lo único que puede medio consolar á un hombre de ser casado...

DOÑA CRISTOBALINA.

¿Por qué?

QUEVEDO.

¿Por qué ha de ser? Porque el sueño es una muerte abreviada, y el matrimonio es una muerte sin otro fin que el del marido; y porque todos los casados sueñan con que son solteros ó viudos...—Verdad que esto último también lo sueñan despiertos.—Iba diciendo que mi amigo tenía tertulia en casa y cuando se cansaba de conversación y ruido, solía decir á su mujer, de modo que todos lo oyeran: «Vámonos á acostar, Marujilla, que estos señores se querrán ir.»

* TIRSO.

Mejor aún es lo que decía un señor de Toledo que también tenía muchas visitas amigas de retirarse tarde.

TODOS.

¿Qué decía? ¿Qué decía?

TIRSO.

A las diez en punto de la noche y después de haber echado en balde á los visiteros mil y mil indirectas, —que ni las del Padre Cobos,—les decía con muy

mal gesto: «¿A que no saben vuesas mercedes lo que yo haria si me encontrara en su caso?»—«¿Qué haría? ¿Qué haría?»—preguntaban todos.—Y contestaba él:—«Pues me iria á mi casa.» *

CERVÁNTES.

Pues vámonos nosotros antes de que nos echen.

ALARCÓN.

Sí, que yo tengo que madrugar.

QUEVEDO.

Y yo que dormir.

LOPE.

Y yo que confesar al rayar el alba á una pecadora hermosísima.

GÓNGORA.

Y yo que trabajar.

ROJAS. *(Despechado, apartándose de Juana de Villalba, á quien antes se acercó y que no ha consentido en mirarle más que de reojo y cuando sólo lo puede advertir el público, y acercándose al Marqués).*

Y yo que pasear un poco para acabar de digerir la cena del señor Marqués.

TIRSO.

Muy buenas noches.

MARQUÉS.

Adios, amigos mios.

(A Cervántes, que se le acerca, alargándole la mano.)

Adios Cervántes. (Mañana mismo veré al conde de Lemos... y contad conmigo para todo.

CERVÁNTES.

Gracias, señor Marqués.)

MARQUÉS. *(A Jusepa.)*

Vaya con Dios la cómica excelente y la esposa ejemplar, en quien siempre fueron las liviandades fingidas, y siempre es y será la honradez verdadera. *(Aparte á Morales.)* Y tranquilícese su buen marido, que si porque vale tanto su esposa, anda él siempre con la barba sobre el hombro, precisamente porque vale tanto se puede y debe él descuidar. ¿Que gusta á todos? ¡Pues peor para todos y mejor para él! *(Los esposos se rien y saludan.)* —Adios, Juanilla, adios: que te alivies pronto el luto... No hablo del que llevas en el cuerpo, sinó del que hoy te entristece el ánima; no hablo del que llevas por tu marido... no hablo de las telas negras: hablo de las telas... *rojas.*

JUANA.

Crea vuecelencia que á la otra que me haga, le dejo por el primero que se me acerque.

MARQUÉS.

Pues yo me acercaré, aunque sea renqueando...

ROJAS. *(Que se ha acercado y escuchado fingiendo distracción.)*

(¿Á la otra? Haremos las paces esta misma noche y la riña habrá servido de algo.)

MARQUÉS.

¡Adios, fea! *(A María.)*

MARÍA.

Adios, hermoso!

MARQUÉS.

En burlas te lo he llamado, muchacha.

MARÍA.

Y yo también á vuecelencia.

MARQUÉS.

Adios, Lope: que guste esa comedia, y que se haga una semana de seguido y que salga á provincias como escapada.—Hasta más ver, señores.—Góngora, adios.—Rojas, á trabajar, á trabajar—sin mataros se entiende.—*(Con bondadosa malicia. Rojas se acerca con resolución á Juana de Villalba, los dos se hablan con viveza y salen del brazo conversando muy animadamente.)*—Quevedo, mucho ojo, que rejoneais

demasiado á los maridos... *complacientes*, y si todos los de la corte que practican esa... *virtud* embisten contra vos, sois hombre muerto.

QUEVEDO.

Siempre salgo yo á la plaza pública con la espada al cinto, y siempre voy prevenido para la lidia.

MARQUÉS.

Adios, señores, adios!

LOPE.

El brazo, señora doña Cristobalina.

MARQUÉS. *(Saludando á Calderón que, como el más jóven, se queda respetuosamnte el último, y hablando con él en el proscenio, mientras los demás se dirigen al foro poco á poco.—Música en la orquesta.)*

Adios, señor don Pedro.—A escribir comedias y á aprovechar el entendimiento que el cielo os otorgó y de que algún dia tendreis que dar cuenta á la bondad divina, como todos los ingenios del mundo.—Seguid como habeis empezado, y un viejo con la cabeza llena de nieve, pero en cuyo corazón todavía no hace frio; un hombre que ama las letras y, de puro amor que las tiene, sólo de mozo y de enamorado hizo versos; el amigo de vuestro buen padre; vuestro... jefe no, vuestro compañero de armas, os lo dice y os lo jura por su fe de católico y por su nombre de caballero. Mucho vale vuestra

espada; pero vuestra pluma ha de conquistar á España más naciones y provincias que las que ayer ganó y hoy está perdiendo; y ha de conquistárselas no como esclavas, si no como hermanas cariñosas de la patria de *Don Pedro Calderón de la Barca!*

(Se van hácia el foro. Cae pausadamente el telón.)

SEGUNDA PARTE.

PERSONAJES.	ACTORES.
EL PRÓLOGO.	Sras. Hijosa.
DOÑA CONCEPCIÓN RODRIGUEZ.	» Díez.
DOÑA JOAQUINA BÁUS.	» Casas.
DOÑA JERÓNIMA LLORENTE. . .	» Dansant.
DOÑA GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.	» G. Calderón (Doña Luisa).
DON JULIÁN ROMEA.	Sres. Vallés.
DON MANUEL JOSÉ QUINTANA..	» Almada.
DON JUAN NICASIO GALLEGO. .	» Jiménez (D. Donato
DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS..	» García (D. Domingo)
EL DUQUE DE RIVAS.	» Valentín.
EL DUQUE DE FRÍAS.	» Castro.
DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.	» Zamacois.
DON VENTURA DE LA VEGA. . .	» Romea (D. Julián).
DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.	» Calvo (D. Ricardo
DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA	» Guerra (D. Ricardo
DON ANTONIO GUZMÁN.	» Castilla.

Un criado, dos mozos de café, músicos y coristas.

Madrid: reinado de Isabel II.



Julian Romea corona el busto de Calderon de la Barca.

SEGUNDA PARTE.

ESCENA I.

EL PRÓLOGO, *se presenta en la misma forma que en la primera parte y dice:*

Público amigo y señor:
salgo... si no te incomodo,
á anunciarte un cuadro en todo
distinto del anterior.
Aunque nadie con calor
á propalarlo se atreve,
¿habrá... (¡qué ha de haber!) quien pruebe
que á la clásica poesía
no iguala, en noble porfía,
la del siglo diez y nueve?

Para que aquí salga y hable
con la verdad que la alienta,
un riesgo se le presenta
casi casi insuperable.
Pero como es muy probable

que esto te ponga curioso
y que no tengas reposo
hasta ver el fin del caso,
ayúdanos tú, y el paso
no será dificultoso.

Hablemos con claridad.—
En la nueva lid de ingenio
deben salir al proscenio
los vates de nuestra edad.
Hijos de esta sociedad,
los conoce... media España,
y no será cosa extraña
que, al mostrarse en el teatro,
se parezcan más de cuatro
como un huevo á una castaña.

El parecido será
sin duda más grande que ese;
pero, aunque á todos nos pese,
completo ser no podrá.
Piensa ¡oh público! que... (ya
á decirtelo me atrevo)
viste á Calderón mancebo
en la jornada primera,
y quizá se pareciera...
como una castaña á un huevo.

Echaos á discurrir
¡qué fachas tan sorprendentes
tendrán los genios presentes

en dramas del porvenir!
¡Cuánto autor no hará servir
sus nombres á su interés,
dando con todo al través,
poniendo—al matar sus vidas,—
las caras desconocidas
y las almas del revés!

Dejando aparte motivos
que deben tenerse en cuenta,
ningún vivo se presenta...
por miedo... á los genios vivos.
Por ahorrarnos positivos
é irremediables entuertos;
por excusar desaciertos;
y porque, si se resienten,
los vates vivos no aumenten
el número de los muertos.

Si se premian intenciones,
discúlpese este... delito
en que no hay otro prurito
que daros satisfacciones.
No queremos galardones,
sólo pedimos perdón:
lo primero es la intención,
y la nuestra es una sola:
honrar la escena española
para honrar á Calderón.

ESCENA II.

Sala en casa de D. Julián Romea. En las paredes varios cuadros, y entre ellos los retratos al óleo de Moratin, de Espronceda y de *Fígaro*. Balcón á la derecha. Puerta en el fondo. A la izquierda una chimenea. Mesa en medio, con libros y papeles. Bustos de poetas y actores, entre ellos uno de Calderón, sobre pedestales. Tiestos con flores. Coronas colgadas por todas partes. Quinqués y candelabros iluminan la escena. En todo reina un artístico desórden.

Todos los personajes que figuran en la segunda parte, á excepcion de el PRÓLOGO, ROMEA, *el* CRIADO *y los músicos.—Conversan animadamente en diferentes grupos; unos están sentados, otros de pié, otros pasean y fuman, etc., etc.—Al lado de la chimenea están las señoras hablando con* GUZMÁN *y* VENTURA DE LA VEGA.—*Gran animación y ruido.*

BRETÓN.

Pero, en fin, Sr. D. Juan Nicasio, ¿qué fué la cosa?

GALLEGO.

Nada; que me disputaba que el vocablo *pez* era masculino, y no común de tres como yo sostenia. *(Extrañeza en todos.)*

ESCOSURA.

¿Cómo común de tres?...

GALLEGO.

Pues bien claro está: *el pez, la pez* y *lo pez.*

ESCOSURA.

¿Qué *lo pez?*

GALLEGO.

Don Vicente Lopez, pintor de cámara de S. M. *(Todos se rien.)*

TODOS.

¡Já, já, já!—¡Tiene mucha gracia!—¡Mucha gracia!...

ESCOSURA.

Mejor aún es lo del miliciano.

TODOS.

¡Que lo cuente! ¡Que lo cuente!

ESCOSURA.

¡Cuéntelo usted, D. Juan Nicasio, cuéntelo usted!

GALLEGO.

Cuéntalo tú, que lo contarás con ménos gracia.

ESCOSURA.

¿A que no?

GALLEGO.

Si no le dejo hablar, revienta. Anda, hijo, anda....—Yo quiero mucho á este muchacho porque es un verdadero patricio.... Como que se llama Patricio de la Escosura!

ESCOSURA. *(Hablando muy de prisa, ahora y siempre.)*

Pues, sí, un miliciano nacional escribió un drama en once actos, un prólogo y no sé cuántos epílogos, titulado *Los goces de la familia* ó *El año del hambre en Madrid.*

QUINTANA.

¿Así, como suena?

ESCOSURA.

Así, así, como suena. Se lo leyó á D. Juan Nicasio y le preguntó cuántos ejemplares le parecia que tirase. D. Juan Nicasio le contestó: *(Imitando la voz bronca y hueca de Gallego.)* «Hombre, con que tire usted el original, basta.» *(Todos se rien.)*

GALLEGO. *(Riendo también.)*

Pero ¡cómo habla!... ¡cómo habla!

ESCOSURA.

Pues ¿qué? ¿No sabe usted que yo soy un gran orador?

GALLEGO.

Un grandísimo hablador es lo que tú eres.

ESCOSURA.

¿Nada más que un hablador? *(Con tristeza.)*

GALLEGO.

Tú serás un hombre importante: tú tienes corazon é inteligencia.... *(Escosura abraza á Gallego.)* Pero necesitas serenarte.

ESCOSURA.

¿Serenarme? ¿Serenarme yo?... *(Volviendo á moverse por la escena.)* ¡Si más serenidad que yo no la tiene ni el sereno de la calle de *Sal-si-puedes!*

GALLEGO.

Serenarte y sentarte un poco.

ESCOSURA.

¿Un poco? ¿Nada más que un poco? ¡Pues ya estoy sentado! *(Sentándose y levantándose al mismo tiempo.)* ¡Ya estoy sentado!...—Diga usted, D. Juan Nicasio, diga usted, ¿ha estado usted á oir el ventrílocuo?... ¡Oh, es notable! ¡Es notable! En la Cruz trabaja estas noches.... Vaya usted. Vaya usted.... Yo le prometo que se ha de admirar.

GALLEGO.

¿Admirarme yo? Pues ¿qué hace ese hombre para que yo me admire?

ESCOSURA.

¡Toma! Hablar con el vientre. ¿Le parece á usted poco?

GALLEGO.

¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! ¿No te estamos oyendo á ti hablar por los codos hace veinte años? *(Todos se rien, y más que todos Escosura.)*

AYALA.

¿Qué hay de política?

ESCOSURA.

Dicen que la tropa está sobre las armas... Pero... ya veis... yo soy militar y estoy tan tranquilo... tan tranquilo... *(Sin dejar de moverse.)*

BRETÓN.

Hoy me han asegurado que es segura una nueva guerra civil.

AYALA.

¡Triste destino el nuestro! En otros tiempos se peleaba fuera de España... Ya no tenemos necesi-

dad de conquistar á nadie: nos basta y nos sobra con conquistar nuestro propio territorio.

RIVAS.

Dejemos la política en paz... Hablemos de cosas agradables: hablemos de arte, hablemos de literatura, que sobre esto todos podemos entendernos.

GALLEGO.

O callarnos.

JERÓNIMA LLORENTE.

Conque, Venturita, ¿cuento ó no cuento con la comedia de usted para mi beneficio?

VEGA.

Cuente con ella mi señora doña Jerónima Llorente, nata y flor de las características españolas... *(De pronto, mirando á Guzmán, que está muy serio)*. Pero, Guzmán, ¿qué te pasa? ¡Parece que estás hablando con el casero, segun la cara que pones!... Gracioso más serio que tú no ha existido jamás... ¿Dónde te has dejado la gracia esta noche?

GUZMÁN. *(Con gravedad.)*

Pues ¿ya no te acuerdas que te la presté al salir de escena para que tú te lucieras por los dos?

CONCEPCIÓN RODRIGUEZ.

Y ¿tengo yo papel en la comedia del Sr. Vega?

VEGA.

¿Cómo no había de tenerle la incomparable Concepcion Rodriguez?

CONCEPCIÓN RODRIGUEZ.

Y ¿es bueno?

VEGA.

¡Muy bueno, muy bueno!... ¡Muy largo, muy largo!...

JOAQUINA BÁUS. *(Riéndose.)*

Concepción y yo, amigo Venturita, no somos de los actores que miden sus papeles por varas.

(Vega se acerca á Joaquina Báus y bajando la voz se deshace en cumplidos y disculpas que el público sólo ha de advertir por sus exagerados ademanes y gestos.)

QUINTANA.

Pues, sí, á Perico le han dado nada ménos que una gran cruz.

ESCOSURA.

Y á Salvador le han dado otra... la de Isabel la Católica, y á Manolo la encomienda de Cárlos III, y á Juan le han hecho marqués y...

GALLEGO. *(Volviendo la cabeza.)*

¿Quién habla ahí?

RIVAS.

Pero ¿qué hace tan callado y meditabundo el Sr. D. Juan Eugenio? *(Á Hartzenbusch, que está en una mecedora de paja y no deja de moverse en ella, atendiendo á todo y celebrándolo con su risa sonora y con su semblante afable y expresivo.)*

HARTZENBUSCH.

Jé, jé... Nada, nada, Sr. D. Ángel.. Estaba recordando que, cuando mi padre y yo trabajábamos de ebanista, eran muy pocas las sillas de esta clase que se gastaban en Madrid... y hoy se han generalizado tanto, que ya las tienen en su casa hasta los actores. Jé, jé...

RIVAS.

¿Así habla el maestro?

HARTZENBUSCH.

¿Maestro? No señor... En ebanistería, yo no pasé nunca de oficial... Como San José... Jé, jé...

(Todos se rien, y él vuelve á reirse lleno de maliciosa complacencia.)

ESCENA III.

DICHOS Y ROMEA, *por el fondo, seguido de un criado y dos mozos de café, que traen un servicio de ponche, cigarros, dulces, etc., etc., y lo dejan todo sobre el velador del centro.*

ROMEA.

Perdónenme ustedes, señores; he tardado, pero... Aquí está ya el ponche...
(Todos le abrazan con cariño.)

GALLEGO. *(Cogiendo un vaso.)*

Perdonado, perdonado, querido Julián.
(Romea, Rivas, Escosura, Vega y Ayala sirven ponche ó dulces á las señoras. Todos beben ó fuman, y el cuadro se anima más y más. Quintana y Frias se ponen á hacer un nuevo ponche en una de las mesas del fondo de la escena.)

ROMEA.

¿Vino al fin Arjona?

ESCOSURA.

No habrá podido... La función se ha concluido á las tantas, y como el pobre está delicadillo...

RIVAS.

Pues ¿qué tiene?

ROMEA.

Joaquín no anda bien.

GALLEGO.

Será por lo que yo. *(Mojando bizcochos en el ponche, operación que no abandona de ahora en adelante.)*

ESCOSURA.

¿Por qué?

GALLEGO.

Porque no tiene coche.

ESCOSURA.

Sí, es verdad... *(Riendo)* y los que andamos á pié no andamos bien. ¡Es verdad!... ¡Es verdad! ¡Já, já!

GALLEGO.

Pero hombre, ¡que no has de callar ni lo que los demás consideramos innecesario decir!

ESCOSURA.

¡Ah! Julián, mira: me ha dicho Tassara que no le esperemos.

ROMEA.

Pues quedó en venir.

ESCOSURA.

Á última hora se arrepintió. Quise obligarle y se puso hecho un veneno... Ése pára en Leganés.

GALLEGO.

Ni en Leganés pára ése: llega y sigue.

ESCOSURA.

¿Hasta dónde?

GALLEGO.

Hasta tu casa. *(Despues de un momento y mirando fijamente á Escosura que se rie por adelantado con el chiste que espera de Gallego.)*

ESCOSURA.

Florentino tampoco viene..... Dijo que estaba «aburrido de aburrirse» y á él y á Martinez de la Rosa se los llevó Gil y Zárate á leerles su nuevo drama.

GALLEGO.

Bien empleado les está.

ESCOSURA.

Narciso Serra se quedó cenando en los Andaluces, diciendo que estas reuniones son demasiado aristocráticas para él.—El pobre Luis Eguílaz no ha podido venir: le dolia el estómago y se lo llevó en su carruaje su amigo y protector D. Eugenio Ochoa...—Y á propósito de Ochoa...

ROMEA. *(Á una seña de D. Juan Nicasio y para cortar la palabra á Escosura.)*

Pero ¿qué es esto, Patricio? ¡Qué frac! ¡Qué pantalón!...

ESCOSURA.

Julián de mi alma; el hombre necesita llevar siempre todo lo que deba—aunque deba todo lo que lleve.

VEGA. *(Acercándose al grupo y cantando con la música del antiguo himno.)*

Todo duque ó marqués nace hombre:
los dictados vinieron despues...
Por sus *prendas*
(Cogiendo la solapa del frac de Escosura.)
al hombre admiremos:
no tan sólo por duque ó marqués.

(De pronto y con gran movilidad de cuerpo y fijeza de expresion, á Romea.)

Pero, ¡chico!... ¡chico!... ¡Cómo has estado esta noche! ¡Contento debe estar Calderón de la Barca de la función que has organizado en el ex-corral de la Pacheca para celebrar el aniversario de su natalicio! ¡Has estado hecho un Roscio! Bien que, no hay que darle vueltas; en España no tenemos más que dos actores.

ROMEA. *(Riendo.)*

¿Que son?

VEGA.

Tú... y otro.

ROMEA.

¿Y quién es el otro?

VEGA. *(Después de una ligera pausa.)*

Mi modestia me impide decir que soy yo; pero mi espíritu de justicia me obliga á reconocerme por tal.—¡Cómo has hecho *El médico de su honra!*

ESCOSURA.

La verdad es que Julián es el hombre del siglo..... En otros tiempos eran los nobles los Mecenas del ingenio: hoy los Mecenas sois vosotros.....

GALLEGO.

Y nosotros los *Te-cenamos. (Engulléndose un bizcocho entero.)*

ESCOSURA.

* Hoy no hay más nobleza que la del valor y la del talento.

RIVAS.

¿Y quién le impide al noble ser artista ni al artista ser noble?

ROMEA.

Y si no, ahí está usted.

RIVAS.

Y usted ahí.
(Romea y el duque se abrazan.)

VEGA.

Todo duque ó marqués nace hombre:
¡los dictados vinieron después!.....
(Cantando como ántes, paseando y bebiendo.) *

ESCOSURA.

Éa, éa, señores, aquí hacen falta versos.

VEGA.

Aquí lo que hace falta es dinero.

BRETÓN.

¿Quién quiere dinero?

TODOS.

¡Yo!.... ¡Yo!.... ¡Yo!....

BRETÓN.

Pues buscadlo, y repartiremos.

QUINTANA.

¡Señores..... ya está listo el ponche caliente! ¡Este es el que sienta bien!

VEGA.

¡Romea!

ROMEA.

¿Eh?

VEGA.

¡Romea!

ROMEA.

¿Qué quieres?

VEGA.

Rom... ¡éa! *(Romea le da una botella de rom y Vega echa una buena rociada en su vaso de ponche. Todos siguen el ejemplo y Vega se la devuelve á Romea mostrándola á la reunión y diciendo:*

Miradla... No hay engaño... Está vacía.

(Cantando con música de «Hernani.»)

¡Bebiam, bebiam
del ponche *Juliaam!!*
¡Aaaam!!!

(Apurando el vaso de un sorbo.)

¡Ahora, vengan versos! *(Como quien ya está apercibido para una desgracia y en el tono en que suele decirse «vengan penas.»)*

GALLEGO.

Venga ponche caliente, que el otro me ha enfriado el estómago.

ESCOSURA.

¿No dice nadie versos? ¡Pues yo los diré!

GALLEGO.

Ya.

ESCOSURA. *(Observando el gesto de Gallego.)*

Pero... no los diré mios, para que rabie D. Juan Nicasio. Los diré de Espronceda.

GALLEGO.

Mira, mira, si quieres que rabie D. Juan Nicasio y que rabiemos todos, dilos tuyos, dilos tuyos...

ESCOSURA.

¿Tan malos son?

GALLEGO.

No, hombre, no. *(Tirándole de la oreja.)* Hay otros peores.

ESCOSURA.

Aquí está el retrato del gran poeta... Un bríndis á su memoria, y oid su famosa canción de *El Pirata*.

VEGA. *(A todos, aparte, de uno en uno.)*

(No dejarle hablar... No dejarle hablar.)

ESCOSURA. *(Declamando con gran brío y satisfacción.)*

Con diez cañones por banda...

VEGA. *(Que está á su derecha, cortándole la palabra.)*

Viento en popa á toda vela...

ESCOSURA. *(Sorprendido.)*

¿Eh?...

BRETÓN. *(Saliendo por el otro lado.)*

No corta el mar, sino vuela,
un velero bergantín.

(Escosura se vuelve y se encuentra con Rivas.)

RIVAS.

Bajel pirata que llaman
por su bravura *El Temido.*

TODOS. *(Incluso las señoras y el mismo Escosura.)*

En todo mar conocido
del uno al otro confín!

VEGA.

¡Fin!

ESCOSURA.

Que diga algo Quintana, que es el mejor poeta de la reunión.

GALLEGO.

Mejorando lo presente, se dice.

ESCOSURA. *(Cortado.)*

¡Ay!.... Yo no lo he dicho por usted, señor don Juan Nicasio.

GALLEGO.

Yo lo digo por ti.

ESCOSURA.

¿Se ha picado usted?

GALLEGO.

¿Acaso eres tú capaz de extender patentes de poeta?...—Oigamos algo de Quintana.

QUINTANA.

Diré algun trozo de la oda á *La Imprenta*, ¿eh?...

GALLEGO.

¡Bueno, bueno!... *(Bebiendo siempre algun sorbo de ponche.)*

QUINTANA.

A la invención de la imprenta.

¿Será que siempre la ambición sangrienta
ó del solio el poder pronuncie sólo,
cuando la trompa de la fama alienta

vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os da rubor? El dón de la alabanza,
la hermosa luz de la brillante gloria,
¿serán tal vez del nombre á quien daria
eterno oprobio ó maldición la historia?
¡Oh! despertad: el humillado acento
con majestad no usada
suba á las nubes penetrando el viento;
y si quereis que el universo os crea
dignos del lauro en que ceñís la frente
que vuestro canto enérgico y valiente
digno también del universo sea.

TODOS.

¡Bravo! ¡Muy bien!
(Hartzenbusch abraza á Quintana y llora de entusiasmo y de alegría.)

GALLEGO.

¡Bueno! ¡bueno!...
(Bebiendo ponche. Quintana le mira con satisfacción y cariño.)

QUINTANA.

Os diré otro trozo, nada más que otro trozo, porque la oda es muy larga.

GALLEGO.

¿Qué oda hay que no sea larga... áun cuando sea corta?

QUINTANA.

A ver... A ver... *(Como buscando en la memoria.)* Sí: éste.

Tal fué el lauro primero que las sienes
ornó de la razón, miéntras osada,
sedienta de saber, la inteligencia
abarca el universo en su gran vuelo.
Levántase Copérnico hasta el cielo
que un velo impenetrable ántes cubria
y allí contempla el eternal reposo
del astro luminoso
que da á torrentes esplendor al dia:
siente bajo su planta Galileo
nuestro globo rodar; la Italia ciega
le da por premio un calabozo impío
y el globo, en tanto, sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío.

TODOS.

¡Bravo, bravo!

HARTZENBUSCH.

¡Eso es escribir! ¡Eso es escribir! ¡Qué hombre este!

GALLEGO.

¡Bueno! ¡Bueno!

QUINTANA. *(Dando más importancia que á todos los ferrientes aplausos de los demás, al «bueno» de Gallego y acercándose á él lleno de placer y de orgullo.)*

¿Le ha gustado á usted de véras, compañero?

GALLEGO.

No está mal, no está mal.

QUINTANA. *(Un poco quemado.)*

¿Que no está mal?.. Yo creí... Como no ha dejado usted de decir «bueno! bueno!»...

GALLEGO.

Me referia al ponche que ha hecho usted, que está delicioso.

QUINTANA.

¡Burlón!... Quite usted de ahí!—Vaya, vaya, diga usted algo.

GALLEGO.

No, Sr. D. Manuel José: á mí no me gusta fastidiar á nadie. Los muchachos... los muchachos... usted señor duque.

(Al anciano duque de Frias, con una gran voz.)

FRIAS.

¿Eh?

(Este personaje es sordo como una tapia y se pasa la noche procurando oir á los demás, con la mano aplicada al oido.)

GALLEGO.

¡Que diga usted unos versos!

FRIAS.

¿Cómo?

GALLEGO.

¿Hay cañón en casa? *(A Romea.)*
(Ventura de la Vega se levanta y gesticula mucho delante del duque de Frias, sin articular una sola palabra.)

FRIAS.

¡Hombre! No grites tanto, que ya te oigo... ¡Pues ni que fuera uno sordo! No traigo nada, no traigo nada.

GALLEGO.

¡Qué pronto comprendió que le pedian versos!

ESCOSURA.

Las ganas que tenía!

FRIAS.

No traigo nada, nada... y no sé nada de memoria... No leo, no leo...

ESCOSURA.

Bien, si no quiere ¿qué le hemos de hacer? Oye, tú, Julián!..

FRIAS. *(Sacando un papel.)*

En fin, leeré unos versillos... Están muy incorrectos... Hay que limarlos un poco todavía...

ESCOSURA. *(Señalando á Frias.)*

El desdén con el desdén, comedia famosa del inmortal poeta D. Agustín Moreto y Cabaña, malditísimamente representada por el Sr. Duque de Frias...

FRIAS.

Gracias, gracias, Sr. D. Patricio, usted es muy amable!... *(Saca un papel y se dispone á leer.)*

ROMEA. *(Quitándole el papel de la mano y con mucha cortesía.)*

Traiga usted, señor duque, que usted lee muy mal...

DUQUE DE FRIAS.

Gracias, gracias... ¿Quiere usted leerlos?... Oh! usted los leerá mejor que yo!.. Mucho mejor que yo!

ROMEA. *(Lee.)*

América! Oh dolor! Discordia impía
con saña inexorable
agita las regiones que circunda
el atlántico piélago insondable.
¡Gentes que alzais incógnita bandera
contra la madre patria! en vano el mundo
de Colón, de Cortés y de Pizarro,

á España intenta arrebatar la gloria
de haber sido español; jamás las leyes,
los ritos, las costumbres que guardaron
entre oro y plata y entre aroma y pluma
los pueblos de Atahualpa y Moctezuma,
y vuestros mismos padres derribaron,
restablecer podreis: odio, venganza
nos jurareis, cual pérfidos hermanos:
y ya del indio esclavos ó señores,
españoles sereis, no americanos.
Mas ahora y siempre el argonauta osado
que del mar arrostrare los furores,
al arrojar el áncora pesada
en las playas antípodas distantes,
verá la cruz del Gólgota plantada
y escuchará la lengua de Cervántes.

TODOS.

¡Muy bien. ¡Muy bien!

HARTZENBUSCH.

¡Qué chico este! ¡Qué chico este! ¡Cómo escribe! *(Casi llorando de alegría, y ahora y siempre que leen los demás, levantándose del sillon y abrazándolos.)*

EL DUQUE DE FRIAS. *(Después de haber acabado la lectura sigue con el oido atento y diciendo):*

¡Muy bien! ¡Muy bien!

ROMEA.

Muy bien leido, ¿verdad, señor duque?

DUQUE.

Oh! muchas gracias... muchas gracias... No, no, á usted, á usted se le debe el efecto que mis versos han producido... ¡No puede usted figurarse con qué placer le oigo á usted siempre! *(Abrazándole.)*

ROMEA. *(Conteniendo la risa á que los demás dan rienda suelta.)*

¡Hombre! ¡Hemos estado muy galantes! Se ha comenzado á decir versos y de la Avellaneda no se ha acordado nadie... ¡Y es una señora!

GALLEGO.

¿*Esto* una señora? No lo habia conocido! Ésta es más hombre que todos nosotros juntos.

ESCOSURA.

Que diga unos versos Tula!

LA AVELLANEDA. *(Levantándose.)*

Allá van.

GALLEGO. *(Con seriedad.)*

Sí, hija mia, sí; no te hagas de rogar, que eso es muy feo.

LA AVELLANEDA.

¿Qué digo?

GALLEGO.

Di el *Adios á Cuba.*

LA AVELLANEDA. *(En el centro de la escena, con majestad y desembarazo.)*

Al partir.

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo,
como cubre el dolor mi triste frente.
¡Voy á partir!.. La chusma diligente,
para arrancarme del nativo suelo
las velas iza, y pronta á su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente.
Adios, patria feliz, edén querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela,
tu dulce nombre halagará mi oido!
¡Adios!.. Ya cruje la turgente vela...
el ancla se alza... el buque, estremecido,
las olas corta y silencioso vuela!
(Todos aplauden.)

HARTZENBUSCH.

¡Qué chico este! ¡Qué chico este! *(Abrazando á la Avellaneda.)*

ESCOSURA.

Estos son los versos que corrigió usted ¿no es verdad? *(Al ver la cara seria de Gallego, se vuelve á la*

Avellaneda y al notar la mirada de enojo que esta le lanza se tapa la boca y se queda aturdido y confuso.) (¡Béstia de mí!)

GALLEGO.

Así deberias estar siempre: con la mano en la boca. *(Todos permanecen callados y molestos.)* Sí, hijo mio, sí; yo he corregido alguno de esos versos, pero es porque los versos de Gertrudis pueden corregirse y no tienen el menor parecido...

ESCOSURA.

¿Con los mios?...

GALLEGO.

No, hombre: contigo, contigo. Tus versos son buenos. Tú manejas muy bien la lengua. *(Todos se rien y también la Avellaneda: Escosura, que lo advierte, corre á presentarle sus disculpas.)*

ROMEA.

Y el duque de Rivas ¿no dice nada?

RIVAS.

Diré unos versos á *La Maledicencia*..... Asunto de actualidad.

Ya perfume del ambiente
ó ya del jardín estrella,
lozana rosa descuella
cuando el sol dora el Oriente.

mas ¡ay! ponzoñoso diente
de insecto alevoso y vil
muerde su tallo gentil,
su luz virginal marchita
y del trono precipita
á la reina del pensil.

—

En su seno de cristal,
puro y sin mancha ninguna,
ostenta limpia laguna
otro sol, al sol igual;
cuando asqueroso animal
que anfibio entre juncos yace,
en destrozar se complace
de los cielos el trasunto:
lánzase al agua y al punto
todo el encanto deshace.

—

La luna resplandeciente,
rico, celestial topacio,
vence en el inmenso espacio
á la estrella más luciente;
y cuando al orbe un torrente
da de hermosa claridad,
mueve el cielo sin piedad
un oscuro nubarrón
que mancha tal perfección,
que ofusca tal majestad.

—

Lozana y fragante rosa,
tranquila y clara laguna,
bella y esplendente luna
es la opinión de la hermosa;
y la lengua mentirosa
que deslustra esta opinión,
hiriéndola sin razón,
es el insecto alevoso,
es el anfibio asqueroso,
es el negro nubarrón!

AYALA.

¡Son décimas dignas de Calderón! *(El duque de Rivas baja la cabeza complacido y confuso.)*

GALLEGO. *(Con la boca llena.)*

¡De Calderón y del duque de Rivas!

QUINTANA

Pero, señores, sentarse... ¿Por qué hemos de estar de pié?

(Todos se sientan. Hartzenbusch, que se habia levantado para abrazar al duque de Rivas, corre para impedir que Ayala se siente sobre su sombrero, en el cual este último no habia reparado.)

HARTZENBUSCH.

¡Eh! ¡Sr. D. Adelardo, Sr. D. Adelardo!

AYALA. *(Con su habitual reposo.)*

¿Qué pasa, Sr. D. Juan?

HARTZENBUSCH.

No... nada... nada... *(Cogiendo el sombrero y aplanchándolo cariñosamente con la manga de la levita.)* Que iba usted á sentarse encima de mi sombrero.

AYALA.

Perdone usted, pero ese sombrero es el mio.

HARTZENBUSCH.

¿Este?... ¡Hombre! Mire usted... Si no le pasa de la coronilla... *(Dándoselo para que se lo pruebe.)* Y aunque fuera el suyo... Los sombreros son para la cabeza... Digo yo.

AYALA. *(Devolviendo á Hartzenbusch el sombrero.)*

Es verdad: yo tengo más cabeza que usted.

HARTZENBUSCH.

Más sombrero, Sr. D. Adelardo, más sombrero.

AYALA.

Los dos tenemos más y mejor cabeza que sombrero, Sr. D. Juan.

HARTZENBUSCH.

No basta decirlo: hay que probarlo. Diga usted á la reunión el soneto que nos recitó el otro dia en la Biblioteca á D. Agustín Durán y á mí.

GALLEGO.

¿Es tuyo?

AYALA.

Mio es, Sr. D. Juan Nicasio... y de usted.

GALLEGO.

Gracias, hombre... Pues si es tuyo, será bueno, y, para el caso, es como si fuera mio.

AYALA.

La piedra imán recibe de una estrella
el influjo en que busca su gobierno
la nave audaz, y en éxtasis eterno
contempla enamorada su luz bella.
Siente en su espalda el mar la blanda huella
de la luna gentil, y amante tierno,
suspira y gime, ó con furor interno
en cien peñascos á la par se estrella.
Ama una flor al luminar del dia;
dispersas y apartadas, sus amores
se comunican las flexibles palmas.
¿Por qué, ausente, no escuchas la voz mia?
¿Por qué sienten mejor el mar, las flores
y hasta las mismas piedras que las almas?
(Todos aplauden.)

GALLEGO.

¡Bueno, bueno!

AYALA.

¿El soneto ó el ponche? *(Riendo.)*

GALLEGO.

El ponche y el soneto.—Este chico es de la buena madera.

ESCOSURA.

De la buena madera! De la buena madera! Esa es la palabra!.. Esa es...

GALLEGO.

¿Estabas tú ahí?.. ¿Qué hacias tan callado?

ESCOSURA.

Descansar.

GALLEGO.

¡Pobrecito! Falta te haría. Tanto hablar iba á hacerte daño.

ESCOSURA.

¿Daño?

GALLEGO.

Sí, hijo mio, sí: eso no puede ser bueno. Vamos, *Desventurita*, dinos alguna cosa.

VEGA.

Os diré un trozo de la admirable tragedia que estoy escribiendo...—Voy á declamarlo acto continuo...—Chico *(Á Romea)*, lo siento por ti: tu triunfo de esta noche se va á desvanecer como el humo.—Pero, en fin, paciencia y barajar.

ESCOSURA.

No, Julián, no: paciencia sola! Nada de barajar; créeme á mí.

(Vega se coloca en el centro de la escena y todos se disponen á escucharle. Él tose, se limpia la boca con el pañuelo, etc., etc., y al ir á comenzar le interrumpe Escosura.)

ESCOSURA.

Mejor sería ponerle consonantes para un soneto de piés forzados.

TODOS.

¡Buena idea! ¡Buena idea!

VEGA. *(Á Romea.)*

Esto es una adulación servil á ti y á tu ponche. No me dejan declamar para que no te haga sombra.

RIVAS. *(Escribiendo en su cartera.)*

Yo le daré los consonantes..

ESCOSURA.

¡Vengan! ¡vengan!

RIVAS.

Ahí van. *(Arrancando la hoja y dándosela.)*

VEGA. *(Lee.)*

Chacho... Coche... Troche y *moche... Gazpacho... Borracho... Noche... Desmoche... Muchacho... Chucho... Chicha... Machucho... Ficha... Cucurucho* y *Salchicha.* ¡Caracoles!

ESCOSURA.

¿Y el asunto?—¡A la Libertad! *(Con entusiasmo.)*

GALLEGO.

A Leonidas.

ESCOSURA.

Está bien: á Leonidas.

VEGA.

¡Aprieta, manco! *(Sentándose á escribir.)*

TODOS.

¡Silencio! ¡Silencio!

VEGA.

No, no; hablen ustedes... Todos... No me importa... Todos...

GALLEGO.

¿Todos? Aquí no habla nadie más que Patricio.

ESCOSURA.

Pero Patricio habla por todos.

GALLEGO.

Verdad.

ESCOSURA.

Pero ¿á que me callo ahora si quiero?

GALLEGO.

¿A que no quieres?

ESCOSURA.

¿A que me callo?

GALLEGO.

¿A que no?

ESCOSURA.

¿A que sí?

GALLEGO.

¿A que no?

ESCOSURA.

¿A que sí? ¿A que sí? ¿A que sí?... Apuesto todo lo que tengo... No es mucho... Todo lo que tenga, que será algo más... El reloj, que ha salido hoy mismo de las mazmorras de Argel... Lo que llevo en el bolsillo: tres pesetas y media... ¿A que me callo?

GALLEGO. *(Levantándose y tapándole la boca.)*

¿Quién lo duda, hombre, quién lo duda? *(Risas generales.)*

ESCOSURA.

Es verdad... Pídanme ustedes otra cosa, pero callar no puedo: es cosa que no está en mí.

GALLEGO.

Cierto, muchacho: en ti sólo está el hablar. El callar debe estar en otro.

VEGA.

¡Ea, oid el soneto! ¡Oid el soneto!

RIVAS.

¿Ya lo ha hecho ese demonio?

TODOS.

¡Atención! ¡Atención!...

VEGA. *(Con ademán tragico-cómico y destacando mucho los consonantes.)*

Jerjes dijo á su auriga: Pára, *chacho*,
y descendiendo del ebúrneo *coche*
vió á los persas matando á *troche* y *moche*
hacer con los trescientos un *gazpacho*.
Y exclamó condolido: Ese *borracho*
no vió que su valor se iba á hacer *noche*,
que iba á sufrir un bárbaro *desmoche*...

¡Vamos! ¡Calaveradas de *muchacho!*
¡Leonidas, infeliz! Hambriento *chucho*
devoró luégo su sangrienta *chicha*,
y en este siglo mercantil, *machucho*,
sólo se ve su rostro en una *ficha*,
con su retrato se hace un *cucurucho*
ó se envuelve una libra de *salchicha!!!*
(Risas y aplausos.)

VEGA.

Dí tú algo, Juan.

TODOS.

¡Sí, sí; que diga versos Hartzenbusch!

HARTZENBUSCH.

¿De qué voy á decir yo versos?

ESCOSURA.

De lo que quieras: de *Los Amantes*.

HARTZENBUSCH.

No, de *Los Amantes*, no... Aún no están á mi gusto... Cuando acabe de refundirlos, os diré todo lo que querais.

VEGA.

¿Cuando acabes de refundirlos?... ¡Pues hay para rato!

ESCOSURA.

¡Es verdad!... ¡Es verdad!... ¡Hay para rato! ¡Hay para rato!

ROMEA.

Es mucho hombre este.

ESCOSURA.

¡Sí!...

RIVAS.

A otros les parece bien lo primero que hacen...

HARTZENBUSCH.

¡Jé, jé!... Pues á mí sólo me gusta lo último, y no del todo.

ESCOSURA.

Pero dices algo, ¿sí ó no?

GALLEGO.

Y tú, hijo mio, ¿no dices algo?

ESCOSURA.

¡Ya diré! ¡Ya diré!... *(A todos.)* ¡Atención! ¡Atención, que va á decir versos Hartzenbusch!

HARTZENBUSCH.

Diré una fabulilla que todavía no me parece mal del todo.

RIVAS.

Pues á nosotros ya nos parece bien.

HARTZENBUSCH.

Porque no la habeis oido, ¿verdad? *(Con su viveza de siempre.)*

QUINTANA.

Sin necesidad de conocerlas, pueden alabarse las obras de los discretos.

GALLEGO.

Y las de los tontos, sólo en ese caso.

HARTZENBUSCH. *(Muy cortado y con voz desentonadísima, lee.)*

El sastre y el avaro.

FÁBULA.

Hay gente que dice *cólega*
y *epígrama* y *estaláctita*,
púpitre, *méndigo*, *sútiles*,
hóstiles, *córola* y *áuriga*.
Se oye á muchísimos *périto*,
y alguno pronuncia *mámpara*,
díploma, *erúdito*, *pérfume*,
Pérsiles, *Tíbulo* y *Sávedra*.
Los que introducen esdrújulos
contra el orígen y práctica,

imitacion de su método,
lean la presente fábula.
Sabrán, si me escuchan, ústedes,
que hubo un tal Pedrillo Zápata,
sastre titular del Cóncejo
de no sé qué villa mánchega.
Era comilon Períquito
y algo amigo de la gándaya;
sin embargo, bien á ménudo,
listo su labor despáchaba.
Vivia en su pueblo un rícote,
cicatero sobre mánera,
que le encargó que le cósiera
calzones, chaleco y cháqueta.
Costumbre de pueblo péqueño
es, muy general y sábida,
que al sastre le dé la cómida
el mismo para quien trábaja.
Cose á vista del parróquiano,
engulle, segun se trátara,
buen almuerzo y rico púchero,
cena, y acabó su fátiga.
A casa de don Ceférino
se fué mi sastre de máñana;
sirviéronle su desáyuno,
y seda previno y águjas.
«Ea (dijo) hasta que Isídoro,
tocando la gorda cámpana,
la hora de comer no séñale,
coso sin alzar la cábeza.»
Echóse á pensar el ávaro

si en fuerza de aquellas pálabras,
del sastre salir le púdiera
la manutencion mas bárata.
—«¿Quieres (le propuso á Périco)
la olla comerte prepárada,
y hasta la cena seguídito
proseguir luégo la tárea?»
Respondió el sastre: «Me acómoda;
y áun si la cena me sácaran
me la engullera: mi apétito
no corre con hora márcada.»
—«Corriente (contesta el rícacho):
Vas á comer de una zámpada
para el dia de hoy por cómpleto,
y coses luego sin párada.
—La mitad sobra de séguro
(dijo el ruin para su cámisa):
ni un avestruz que se púsiera,
tanto en el buche se encájara.
—Vamos (gritó): pronto, próntito;
corta la sopa y la ensálada;
y á Pedro sírvele en séguida
la olla y de cenar, Baltásara.»
Dánselo y trágalo tódito,
y dice despues de lá-cena:
«Yo en cenando no doy púntada.
Buenas noches: voyme á lá-cama.»
La salida del sastrécito
fué una solemne tunántada;
mas de burlas á misérables
ni un místico se escandáliza.

TODOS.

¡Muy bien! ¡Muy bien!

GUZMÁN.

¿Y Bretón? ¿Y Bretón?

BRETÓN.

Yo sólo sé de memoria la letrilla de *¿Quién es ella?*

ESCOSURA.

¡Pues venga!

TODOS.

Sí, sí, que la diga.

BRETÓN.

Cuentan de un corregidor
nada bobo,
que siempre que al buen señor
denunciaban muerte ó robo,
atajaba al escribano
que leía la querella,
diciéndole: ¡al grano, al grano!
¿Quién es ella?
Y como hombre procedia
de gran seso
quien tal actuacion ponia
por cabeza del proceso;
que en vano más de una vez

se sigue al crímen la huella
por no preguntar el juez:
¿Quién es ella?
En todo humano litigio
—¡no hay remedio!—
á no obrar Dios un prodigio,
habrá faldas de por medio:
danza en todo una mujer,
casada, viuda ó doncella;
luego el hito está en saber
Quién es ella.
Si Adán perdió el Paraíso,
fué por Eva,
que probar vedada quiso
no sé si manzana ó breva.
Desde entónces con profundo
pesar pudo conocella;
desde entónces sabe el mundo
Quién es ella.
Si ves hecho polvo el muro
que fué Troya,
merced al griego perjuro
y á su bélica tramoya,
suspende el fallo severo
entre esta nación y aquella
hasta que te diga Homero
Quién es ella.
Si á Blas, no el lazo, la albarda
de Himeneo
sólo de su hacienda guarda
lo arrepentido y lo feo,

no preguntes: ¿cómo Blas
nació con tan mala estrella?
pregunta y acertarás:
¿Quién es ella?
Si en la calle siento ruido
de camorra,
y algun *quidam* mal herido
grita: ¿no hay quién me socorra?
Requiescat digo al difunto,
doy paso al que le atropella
y en la taberna pregunto
¿Quién es ella?
Si ves postrado en el lecho
del dolor
á algun mozo de provecho,
no le preguntes, doctor,
qué reuma ó qué tabardillo
en su salud hizo mella;
pregúntale—es más sencillo—
¿Quién es ella?
Es un sexo amable, lindo.....
Sí, una plata;
yo lo confieso..., y prescindo
de la vieja y de la chata;
pero escamado y cobarde
digo ¡zape! á la más bella;
que temo saber ¡muy tarde!
Quién es ella.

ROMEA.

¡Ahora la palinodia! ¡La palinodia!

BRETÓN.

Pero...

TODOS.

¡Sí, sí, que la diga! ¡Que la diga!

BRETÓN.

Vaya, pues que la diga Guzmán que se la sabe de memoria y es quien ha armado todo este cisco.

GUZMÁN.

¡Hombre! Es un fastidio ponerse uno ahora...

BRETÓN.

Mira, no te incomodes tanto, porque nos reiremos más.

GUZMÁN.

A la evidencia me rindo
y en la justicia me fundo.
La *Mujer*, lo juro al Pindo,
es el animal más lindo
que Dios crió en este mundo.
Ni sólo estriba su palma
en este precioso dón;
que, con muy rara excepción,
hermosas son en el alma
como en el cuerpo lo son.
Cuando su flaqueza sacas

á relucir y sus macas,
considera, *Hombre* demente,
que persigues igualmente
á las gordas y á las flacas.
Si las culpas, tú te implicas;
porque, tirano sañudo,
tú haces la ley, tú la aplicas,
y para ellas—¡pobres chicas!—
siempre es la ley del embudo.
Cifra el hombre su esplendor
en el amor de la gloria;
mas con instinto mejor
la *Mujer* brilla en la historia
por la gloria del amor.
¡Ah! si por seguir tus huellas
se vicia tan noble instinto,
no culpes, *Hombre*, á las bellas,
sino á ti, con tercio y quinto
más débil que todas ellas.
Siervas en todo lugar
porque lo has dispuesto así,
¿no ves, *Hombre* baladí,
que ellas no pueden pecar
sino contigo y por ti?
Sé indulgente, pues ya ves
que la equidad lo reclama
y lo pide tu interés:
¿por qué les quitas la fama...
si te arrastras á sus piés?
¿Por qué tu desprecio llora
la que con paciencia santa

cuando niño te amamanta,
y cuando jóven te adora,
y cuando viejo te aguanta?
Sin la *Mujer* no hay placer.
¿Es fiel? Bendice tu estrella.
¿Es maula? ¡Cómo ha de ser!
Ó capitula con ella.....
ó suprime la *Mujer*.
Mas primero que tal hagas
consentirás que te emplumen
y que se calcen tus bragas,
porque en sus ojos te embriagas
de amor, de gozo... En resúmen:
Desde la planta al cabello
la *Mujer*—insisto en ello
y lo pruebo y te confundo—
es el animal más bello
que Dios crió en este mundo.

(Aplausos.)

ROMEA.

Aquí, en un álbum, tengo poesías de todos vosotros y de otros poetas ménos conocidos...

JOAQUINA BÁUS.

¿Y hace mucho tiempo que tiene usted ese álbum en casa, Julián?

ROMEA.

Tres años apénas. *(Con sencillez.)*

GALLEGO.

No es mucho: en la mia no están nunca ménos de siete.

RIVAS.

En la mia no se devuelven.

ESCOSURA.

En la mia se venden.

VEGA.

Yo soy más rumboso: los tiro.

JOAQUINA BÁUS. *(Sonriendo.)*

¡Qué alarde de informalidad y de aturdimiento!...

GUZMÁN.

¿Qué quieren ustedes?... ¡Esta es la época!... *(De muy mal humor. Todos se rien.)* ¿Qué he dicho yo para que se rian ustedes?

BRETÓN.

Calla hombre, no te enfades; que no se rien de lo que has dicho, sino de ti.

ROMEA.

Vamos á leer algo de lo que hay en este álbum.

GALLEGO.

Y ¿por qué no dice versos suyos Romea?

ROMEA.

No, no... Los actores hemos nacido exclusivamente para que brille el talento de los demás.

GALLEGO.

* Esos son los actores como usted, y actores como usted entran pocos en quintal.

ROMEA.

En España, ¿y ahora?... Sr. D. Juan Nicasio, no es usted justo. Desde que D. Juan Grimaldi se encargó de la dirección de nuestros teatros, honran la escena española nombres ilustres... Todos mil veces más ilustres que el mio... Aquí, sin ir más léjos, está Concepción Rodríguez, después de cuyo nombre no hay elogio que no parezca injusticia de puro insuficiente... Aquí está Joaquina Báus, que ha dado al teatro dias de gloria como actriz y que como madre también ha de dárselos... Pues ¿y Jerónima Llorente?

JERÓNIMA LLORENTE.

Presente.

ROMEA.

¿Dónde me deja usted á doña Jerónima Llorente?

JERÓNIMA LLORENTE.

Déjeme usted aquí, al lado de la chimenea, que estoy muertecita de frio. No hay juventud que resista un invierno como este. *(Todos se rien.)*

ROMEA.

Pues ¿y Guzmán?

GUZMÁN.

Dejen ustedes en paz á Guzmán.

ROMEA.

Guzmán no es esta noche *Guzmán el Bueno.*—¿Y el brioso Latorre y el saladísimo Cubas, y el admirable Arjona y el enérgico Luna y el concienzudo Lombía y...

VEGA.

No vayas á olvidarte de mí.

ROMEA.

Tú me lo recordarás.—En fin, ¡qué sé yo cuántos más de primer órden! Pero, al grano, al grano.

GALLEGO.

El grano será la poesía, ¿eh?...

ROMEA.

Sí, señor; ¡pero ya verá usted qué grano tan limpio de polvo y paja! *

ESCOSURA.

¿De quién es lo que vas á leer?

ROMEA.

De un tal... La firma es lo único que no se entiende bien... Es un apellido que parece extranjero. Los versos me hicieron entrar en curiosidad, y me enteré por la dueña del álbum... Es un muchacho andalúz... muy jóven todavía... casi un niño...

El arpa.

Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el arpa.
¡Cuánta nota dormia en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
aguardando la mano de nieve
que sabe arrancarlas!
¡Ay!—pensé—¡cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: «¡Levántate y anda!»
(Muestras de aprobación.)

GALLEGO.

Pero no se sabe ¿cómo se llama ese muchacho?

ROMEA.

Una cosa así como... Backer ó Becker... Dicen que es de Sevilla...

JOAQUINA BÁUS.

¿Será hijo de Becquer el pintor?

RIVAS.

Pero ¿nadie le conoce?

ROMEA.

No... Creo que no. Este poeta pertenece á la raza de los poetas españoles, que empiezan á ser conocidos de todo el mundo al dia siguiente de su entierro.

AYALA.

Eso es que de cuando en cuando quiere la divina Providencia dar una prueba clara, tangible, indudable, de que el alma es inmortal y de que la vida verdadera del hombre no comienza hasta despues de su muerte.

RIVAS.

* Muy bien dicho. Este chico es poeta.

QUINTANA.

Y pensador.

ESCOSURA.

Este chico será uno de los hombres más grandes de España: Ayala será muy pronto el nuevo Calderón.

AYALA.

Yo me contentaria con llegar á ser *el viejo Ayala.*

ESCOSURA.

El nuevo Calderón; sí, señor; porque... no sé si estarán ustedes conformes conmigo, pero en el arte hay genealogías... y, dentro del arte, la trasmigración de las almas es un hecho indiscutible y...

GALLEGO.

Pára el carro, hombre. Tu idea es exacta; pero no la diluyas en un mar de palabras, porque tendrá la muerte del azucarillo.

ROMEA.

Aquí hay unos versos encantadores de Florentino Sanz... ¡Qué ingenio el de Florentino!...

BRETÓN.

Lástima grande es que lo malgaste en frivolidades y que apénas haga uso de él.

HARTZENBUSCH.

Por fortuna, con lo que ha hecho y con lo que impensadamente se le irá cayendo de la pluma como la fruta madura se cae del árbol, basta y sobra para que su nombre no se borre jamás de nuestra literatura contemporánea.

ROMEA.

Son unos tercetos hechos ante la tumba del malogrado Enrique Gil.

¡Hijo de otra región, trémulo y mudo
con la mirada que por ti paseo,
nieve septentrional, yo te saludo!
Una tarde de Mayo (casi creo
que salta á mi memoria su hermosura
de este cuadro invernal, como un deseo).
Una tarde de flores y verdura,
rica de cielo azul, sin un celaje,
y empapada en aromas y frescura;
En que, al són de las auras, el ramaje
trémulo de los tilos repetia
de otros lejanos bosques el mensaje;
Yo, con mi propio afán por compañía,
del recinto salí que nombró el mundo
corte del rey filósofo algun dia.
A su verdor del Norte sin segundo,
de un frondoso jardín los laberintos
atrajeron mi paso vagamundo.....
En armoniosa confusión distintos,

cándidos nardos y claveles rojos,
tulipanes, violetas y jacintos,
De admirar el verjel diéronme antojos;
y perdíme en sus vueltas, rebuscando,
ya que no al corazón, pasto á los ojos.
Y una vïola, que al favonio blando
columpiaba su tímida corola,
quise arrancar...—Mas súbito, clavando
Mis ojos en el césped, donde sola
daba al favonio sus esencias puras,
respeté, por el césped, la vïola.....
¡Guirnalda funeral, de desventuras
y lágrimas nacida, eran las flores
de aquel vasto jardín de sepulturas!
Pero jardín. Allí, cuando los llores,
aún te hablarán la amante ó el amigo
con aromas y jugos y colores...
¡Y de tu santo afán mudo testigo,
algo en aquellas flores sepulcrales,
algo del muerto bien será contigo!
Dentro de nuestros muros funerales
jamás brota una flor... Mal brotaría
de ese alcázar de cal y mechinales,
Índice de la nada en simetría,
que á la madre común roba los muertos
para henchir su profana estantería;
Ruin estación de huéspedes inciertos
que ofreciera á los vivos sus moradas,
por alquilar los túmulos abiertos!
De tierra sobre tierra fabricadas,
más solemnes quizá, por más sencillas,

las del santo jardín tumbas aisladas,
Con su césped de flores amarillas,
se elevan... no muy altas... á la altura
del que llore, al besarlas, de rodillas.
¡Mas sola allí... sin flores... sin verdura...
bajo su cruz de hierro se levanta
de un hispano cantor la sepultura!...
Delante de su cruz tuve mi planta...
—y soñé que en su rótulo leia:
«¡Nunca duerme entre flores quien las canta!»
(Aplausos.)

ESCOSURA.

¡Magníficos versos!

VEGA.

¡Y magnífica lectura! Verdad que este es un mozo muy instruido. Sabe leer y escribir... Y escribir... y escribir... Oigan ustedes unos versos suyos... que yo no le corregí... *(Mirando á Escosura.)* Yo te los haré valer; ya verás cómo, dichos por mí, parecen buenos. ¡No tengas cuidado!

A ella.

Vuelve á mi mente encendida,
vuelve, recuerdo adorado:
tú del corazon llagado
embelleces el dolor,
como el mágico preludio
de la lira del Profeta,

como el alma del poeta
el primer sueño de amor.
 Yo la miré dulce, bella,
como la flor en su broche,
como el astro de la noche
melancólica vagar,
y pura como su rayo
que en los aires se dilata
y en blanca lluvia de plata
se desliza por el mar.
 Con lágrimas de mis ojos
mi corazón la llamaba:
al hombre que la adoraba
volvió su dulce mirar
y cual ancha catarata
de los cielos desprendida
bajó un torrente de vida
mi corazón á inundar.
 ¡Angel de amor! ¡Para siempre
mi alma á la tuya unida!
Mira, tal vez de la vida
en el último escalón,
verás tu imágen mudada
bajo la arruga enojosa...
¿Quieres verla fresca, hermosa?
Búscala en mi corazón.
 Sí, que allí, junto á la tumba,
mis recuerdos lisonjeros
como en los años primeros
en mi pecho se alzarán;
siendo mis cabellos blancos

sobre mi frente arrugada,
blanca nieve amontonada
sobre el hirviente volcán.

(Todos aplauden y abrazan á Romea.)

ROMEA.

Gracias, señores, gracias..... También es muy bonito este romance que ha puesto aquí Martínez de la Rosa.

GALLEGO.

Será *El Nido*, ¿eh? Es una linda poesía que incluyó en nuestro libro.

ESCOSURA.

¿En qué libro?

GALLEGO.

En el nuestro: en *El libro de los Niños.*

QUINTANA.

¡No está usted mal niño!

GALLEGO.

¿Que soy viejo? ¡Mejor! Así no podrán decir de mí cuando me muera, que me he malogrado, como se dirá de todos ustedes.

TODOS.

¡Já, já, já!

GALLEGO.

Y cuenta que la mayor parte no habrá hecho nada mejor en su vida. *(Grandes risas.)* *

ROMEA. *(Dejando el álbum sobre la mesa.)*

Señores... ¡qué hermosa condición la del arte! Él es el bálsamo que, si no cura del todo, mitiga al ménos el dolor de las heridas del alma. Él es el autor de las más firmes amistades y el componedor de los más enconados enemigos; él es el mejor sostén de la vida de los que, por su ventura ó por su desdicha...—¡por su ventura!—tienen corazón y alma. ¡Gloria á Calderón, amigos mios, que hoy nos reune aquí á todos, haciéndonos olvidar diferencias y rencillas que nada pesan al lado del sincero cariño que nos profesamos!

ESCOSURA.

¡Bien por Julián! ¡Julián es orador! Julián debia ir á la Cámara...

ROMEA.

Luego iré... á la mia.

ESCOSURA.

Lo digo, porque...

GALLEGO.

Ya está éste azorado al ver que habla otro.

ROMEA.

Una idea se me ocurre. Organicemos una fiesta en honor de Calderón, á quien debemos este buen rato.

BRETÓN.

¿Una fiesta?

ROMEA.

Una especie de apoteósis... casera, pero no ménos cariñosa y entusiasta que las otras... La llama de la ponchera ilumina fantásticamente el cuadro... la luz de los quinqués desmaya poco á poco... y la lumbre de la chimenea contribuye al buen efecto del conjunto. Abre el balcón, Manolo, y que la luna tome también parte en la función... que esta luna luce más y cuesta menos que la del teatro. *(Bretón abre el balcón del foro y la luz de la luna ilumina la escena.)* Así... Así está bien. ¡Ya vereis! Ya vereis qué apoteósis fantástico-real vamos á hacer en tres segundos. Venga acá el busto del gran poeta. *(Ponen en el centro el busto de Calderón.)* En su cabeza y á sus piés, todas mis coronas... que no recuerdan más que triunfos vuestros, amigos mios... Ajajá!... Más coronas!.. Más!.. Más!.. Todas las que haya en mi cuarto... Son pocas... ¿No hay ninguna más? Ah! sí... *(Sacando una de oro de un estuche.)* Aquí hay una de oro... pobre para honrar á Calderón de la Barca... *(Poniéndola en sus sienes.)* Pero ya ha tocado

mi corona la frente del poeta: ya es digna de él. Démosle otras de cariño y de entusiasmo que le serán más gratas. Decid vosotros vuestros sonetos *(á Gallego y Quintana)* á Calderón.

GALLEGO.

Que los digan estas señoras. Calderón era hombre de buen gusto y preferiria, como yo, los piropos con faldas.

HARTZENBUSCH.

Diga usted el mio, Joaquina.

GALLEGO.

Sí, sí, antes el de Juanito.

HARTZENBUSCH.

Me resigno! El de usted debe ser el último, porque es el mejor... y para no quitarme el efecto del mio.

GALLEGO.

¡Este diablejo sabe más que yo!
(Riéndose y tirando de la oreja á D. Juan Eugenio.)

JOAQUINA BÁUS.

A Calderón.

Con voz clamaste de pesar profundo
al contemplar la pequeñez humana:
«Sombra es la vida, como el sueño vana,

y es fantástico bien, el bien del mundo.
Pero brillando tú claro y fecundo
sol en los cercos de la escena hispana,
¿cómo ilusión te pareció liviana
la fuerza de tu ingenio sin segundo?
Tú, desde el envidiado Manzanares
al Arno, al Rhin y al Plata, mereciste
respeto, admiración, lauros y altares;
Y pues eterna vive tu memoria,
con más justa razón decir debiste:
«Sueño todo será; verdad mi gloria.»

CONCEPCIÓN RODRÍGUEZ.

En la traslación de los restos de D. Pedro Calderón al cementerio de San Nicolás.

Gloria y delicia de los patrios lares,
¡buen Calderón! de tu fecunda vena
el copioso raudal el orbe llena
venciendo espacios y cruzando mares.
Difunden hoy tus dramas á millares
las prensas de Leipsick, los oye Viena,
y hasta en las playas bálticas resuena
el cisne del modesto Manzanares.
¡Oh hispana juventud! Si al arduo empeño
de hollar del Pindo la sublime altura
no te alentare porvenir risueño,
Esa pompa, ese mármol te asegura
con muda voz que, si *la vida es sueño*,
siglos de siglos el renombre dura.

ESCENA III.

DICHOS y el CRIADO.

CRIADO.

Señor, aquí está la orquesta del teatro del Príncipe que viene á felicitar á usted y á darle una serenata... Tambien vienen los coristas...

ROMEA.

¡Que pasen! ¡Que pasen!

ESCOSURA.

¡Que pasen! ¡Y que beban! y que canten la cantata que esta noche se ha estrenado en la función del teatro del Príncipe.

JOAQUINA BÁUS.

¿De quién es la música?

VEGA.

De un violín de la orquesta del teatro Real, de Manolito Caballero, que pronto será uno de los primeros compositores españoles.

RIVAS.

Y ¿quién ha hecho la letra?

AYALA.

Uno de los más preclaros sucesores de Calderón: el autor de *El Trovador* y *Simon Bocanegra* y de cien obras más, honra de la literatura del siglo XIX!

TODOS.

¡Que salga! ¡Que salga!

AYALA.

¡Sí, sí! ya estará en su casa durmiendo á pierna suelta ó haciendo redondillas de memoria.

ESCOSURA.

¡Música y flores! ¿Dónde hay flores?

ROMEA.

En mis tiestos... *(Todos toman flores y hacen lo que indica el diálogo.)* Despojémoslos de sus camelias y arrojémoslas sobre el busto del insigne dramático... Honrémonos todos honrándole á él... Los pequeños sólo pueden elevarse hasta los grandes en alas del entusiasmo y de la admiración. No todos pueden ser admirados; pero todos podemos y debemos admirar.

El CORO *entona la siguiente*

CANTATA A CALDERÓN.

Letra del Excmo. Sr. D. Antonio García Gutiérrez y música del maestro D. Manuel Fernández Caballero.

RECITADO.

Lleno estaba el corral. Era una tarde.
Se anunciaba comedia de autor nuevo.
Hacía de sus dotes un mancebo
por vez primera prodigioso alarde.
«¡Vítor á Calderón! ¡Vítor!» clamaba
la muchedumbre, de su genio esclava,
ebria de gozo y de entusiasmo llena.
«¡Vítor al rey de la española escena!»
Rico de inspiración, desde aquel dia
subió el poeta cuanto puede el hombre,
llenando con la fama de su nombre
aquella España, grande todavía.

CORO.

Por él, de su fecundo
ingenio altas hechuras,
¡hermosas criaturas,
que anima la verdad!
¡Clotaldo! ¡Segismundo!
¡Rosaura enamorada!
¡pasásteis de la nada
á la inmortalidad!

RECITADO.

Murió el vate. Dos siglos han volado.
El mundo se ha abreviado
ó ha crecido la llama refulgente
de ese sol que en Madrid tuvo su oriente.
Ya no aquí sólo su esplendor se encierra,
que su fama al correr de gente en gente
ha inundado la tierra.

CORO.

No ha muerto el noble vate
de España luz y gloria:
por siempre en la memoria
del mundo vivirá.
Su fe cristiana late
en todas sus creaciones,
y en nuestros corazones
presente y vivo está!

FIN DEL CUADRO LITERARIO.

NOTA.

Las vulgarmente llamadas *conveniencias teatrales* han hecho indispensables varias alteraciones en los versos que se leen ó recitan en la primera parte.

Las mismas conveniencias aconsejan que se supriman en la representación todos los trozos comprendidos entre dos asteriscos.